

JUANA DE IBARBOUROU
Manuscritos Inéditos
Poesía y Prosa

Homenaje al Centenario
de su Nacimiento

WALTER RELA

Ordenamiento y Cronología anotada



Two of the most famous
"Lovers" in the world
The "Lovers" in the world
The "Lovers" in the world

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

R E S U E L V E:

1o. Declárase de interés nacional la edición del libro-homenaje a Juana de Ibarbourou, que el Profesor Waller Rela ha preparado para Ediciones de la Plaza, con motivo de celebrarse, el 8 de marzo de 1992, el centenario de su nacimiento.-----

2o. La presente Resolución no devengará gastos al Erario Público.-----

3o. Comuníquese, etc.-----

[Handwritten signature]
[Handwritten signature]

[Handwritten signature]
LACALLE HERRERA

Jean de Harcourt.



Auspicio oficializado por UNESCO
Resolución Director General, del 14/1/92

PROLOGO

Ha constituido para mí, como Ministro de Relaciones Exteriores, una satisfacción muy grande promover la declaración de interés nacional de esta edición de poesías y prosas inéditas de Juana de Ibarbourou, realizada impecablemente por Walter Rela, decidida por el Poder Ejecutivo, por resolución del 10 de diciembre de 1991, refrendada por los Ministros de Educación y Cultura y Relaciones Exteriores.

Una satisfacción muy grande, que deriva de dos circunstancias de ineludible recuerdo en estas páginas liminares.

La primera es la que resulta de la admiración de un hombre de mi generación hacia una poeta excepcional, que unió la sensibilidad más exquisita a la pasión más honda, la belleza del verbo a la finura del estilo, la grandeza humana y vital a la tristeza y la soledad existencial.

No llegué a conocer en mi juventud a Juana, pese a que estudié y viví en los años del reconocimiento unánime de su valía literaria. Pero en aquellos años de liceo y de preparatorios, la leí y la admiré. Y me emocioné con sus versos y me interrogué sobre ese fenómeno nacional tan enigmático, pero al mismo tiempo tan revelador, de que tres cumbres de nuestra poesía correspondieran a tres mujeres tan distintas, pero al mismo tiempo a tres poetas tan eminentes en su grandeza como Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira y Juana de Ibarbourou.

Años después, en 1961, cuando Eduardo Víctor Haedo era Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, lo acompañé a visitar a Juana en su casa. Y aún recuerdo la impresión profunda que me produjo aquella belleza serena, aquel rostro armónico y sugestivo y aquellos ojos, al mismo tiempo profundos y dulces.

Por eso hoy me provoca un íntimo placer el que mi nombre aparezca unido a esta valiosa edición póstuma de elementos hasta hoy desconocidos de su creación literaria.

He admirado mucho algunos versos de Juana que, en diferentes etapas de mi vida, han incidido profundamente en mi ser.

Nunca he podido olvidar, por ejemplo, aquellos tan hermosos:

*"Soy campana rota,
Nardo sin olor,
Fuente que ha perdido
Su vivo rumor*

.....

*No me digas nada
No te quejes más
Si la estatua siente
Te arrepentirás."*

Leí estos versos hace años, junto con aquellos otros que también reproduzco—, que muy lejanos cronológicamente en su creación, guardan con ellos, sin embargo, una relación conceptual y humana que no puede negarse:

*"Yo tenía hambre y sed continua de las cosas
más bellas de la vida; mis manos eran aves
cazadoras; mi sangre, un mar de olas furiosas;
mi alma una nave de hinchidos velámenes. Pero
nunca di un paso más allá de la orilla del agua".*

La segunda razón se explica porque Juana ha sido y es un símbolo hacia el exterior de la cultura nacional. Un motivo de orgullo y de satisfacción para todo uruguayo por el hecho de que la patria oriental haya sido la cuna de Juana de América.

Es necesario tener conciencia de lo que significó en nuestra América, en aquellos años finales de la década de los veinte y en los posteriores, el nombre de Juana unido al de América. Y el impacto cultural y político que éste tuvo. Impacto distinto, pero análogo, diferente pero asimilable, al que produjo a principios de siglo en todo el Continente, el Ariel de Rodó. El Uruguay es todavía hoy, en gran parte de América, en amplios círculos, el país creado por la fama y el pensamiento de nuestros escritores, de nuestros poetas, de nuestros ensayistas, de nuestros pintores.

Fue Alfonso Reyes, en el discurso que pronunció en el Palacio Legislativo el 10 de agosto de 1929, al ser consagrada Juana de América, que interpretó el espíritu del tiempo cuando dijo:

"Y Juana en el Norte, Juana en el Sur, en el Este y en el Oeste: por todas partes fueron cayendo las palabras. Juana donde se dice poesía. Y Juana donde se dice mujer. Juana en todo sitio de América donde hacía falta un aliento. Juana en las fiestas de la razón y en latir de los corazones".

En 1929 Juana había publicado ya tres títulos resonantes: "Las Lenguas de diamante", 1919; "El Cántaro fresco", 1920; "Raíz Salvaje", 1922.

Pero esta poeta uruguaya, de tono tan singular en este su primer ciclo de creación literaria, en el que la frescura del verso y la audacia metafórica marcan un signo distintivo, se mostrará en los años de sazón, los del tiempo de la melancolía, con honda sensibilidad humana, usando la simplificación del lenguaje como medio de valorizar el verso.

Padeció la soledad, la incompreensión y hasta la calumnia. En carta a José María Delgado, en este período de su vida, dijo: "Aún me resisto a creer en la infamia gratuita, en la maldad porque sí, en el desengaño de la amistad".

Mujer de profunda fe, las tristezas de la vida no la abatieron. No decayó. Nos lo dice en esta página hermosa escrita el 14 de febrero de 1946:

*¡Cuánto tendré aún que batallar!
Vuelvo a repetir; y tan sola!
Un poco de seguridad y de paz me daría tiempo para
tu servicio de oración y verso. ¡Oyeme, señor!"*

Al prologar este libro, siento que escribo en nombre de todos los uruguayos que se enorgullecen de Juana y que, por diversas razones, en diversos momentos de su vida, han sentido latir su corazón admirando la belleza del estilo y la profunda y fina sensibilidad humana de esta mujer excepcional.

Ojalá este libro nos ayude a valorar mejor su personalidad poética y a comprender más al ser humano, a la auténtica mujer, que Juana siempre fue.

Héctor Gros Espiell

Conocí personalmente a Juana de Ibarbourou en febrero de 1956, cuando en los Cursos de Verano del Instituto de Estudios Superiores, leyó su conferencia *Antología Lírica*.

Un año después, por invitación del Director de la Escuela de Profesores de Lengua y Literatura Española del IES, Prof. Eduardo Salterain y Herrera, intervino en una de mis clases del curso de Literatura Uruguaya, hablando de su vida y obra, y manteniendo un afectuoso diálogo con los estudiantes.

En noviembre de 1958 con el crítico argentino Emilio Stevanovich, preparamos el guión de la entrevista que fuera transmitida meses después por LRA Radio Nacional del Estado (Buenos Aires).

Recuerdo también las referencias que hice a su obra en el curso *Erotismo en la poesía femenina Hispanoamericana*, organizado por la Escuela de Verano de la Universidad de Chile (Santiago de Chile, 1960) y presidido por su amigo el poeta Julio Barrenechea.

Entre los años 1960—65, la visité en su residencia de la Av. 8 de Octubre donde muchas veces compartí cordiales conversaciones con frecuentadores de la casa como José Pereira Rodríguez, Carlos Rodríguez Pintos, Fernán Silva Valdés, Gastón Figueira, Hugo Petraglia Aguirre y Dora Isella Russell.

El año pasado por razones profesionales fui contratado por los herederos de la sucesión Julio César Ibarbourou Fernández para organizar un fondo documental compuesto por más de dos mil manuscritos de poesía y prosa (muchos inéditos), cuatrocientos ochenta y seis cartas y casi un millar de crítica literaria escrita por extranjeros.

Concluído el trabajo, los herederos me encomendaron la preparación de un libro homenaje con motivo del centenario de la poeta.

En consulta con la Prof. Graziela Espina de Ediciones de la Plaza, acepté la sugerencia de publicar sólo manuscritos inéditos, buena iconografía, a lo que se añadía una cronología anotada en la que se ajustaban muchísimos datos que surgían del manejo del citado fondo.

Conocedor de la política cultural del Poder Ejecutivo, para difundir en el exterior la obra de los más representativos autores de la literatura uruguaya, entrevisté al Director de la Dirección General para Asuntos Culturales de la Cancillería Embajador Pelayo Díaz Muguerza, quien elevó los antecedentes para que el libro fuese declarado de interés nacional, lo que se hizo por Resolución del 10 de diciembre de 1991.

Simultáneamente el Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Héctor Gros Espiell accedió a prologarlo.

En enero de este año, el Director General de UNESCO D. Federico Mayor oficializó el auspicio del organismo Internacional.

En marzo pasado por iniciativa de la Dra. Diana Espino de Ortega, Ministro Encargada de la Delegación Permanente del Uruguay ante UNESCO, dicté allí la conferencia "Juana de Ibarbourou, el gozo de vivir y la nostalgia", que fue acompañada de lectura de poemas en su original y en traducción francesa, por la actriz venezolana Milagros Carías.

Posteriormente en el Auditorio Andrés Bello del Banco Interamericano de Desarrollo (Washington D.C.), con el patrocinio de la Embajada Uruguaya en EEUU, hablé sobre los grandes temas de su poesía.

En esos días en ceremonia cumplida en la Hispanic Division de Library of Congress se entregó por parte del agregado cultural de la Embajada Uruguaya y en mi presencia, una valiosa colección de documentos de la poeta, por mandato de sus herederos.

Finalmente en University of Miami, intervine en las Jornadas dedicadas a la poesía hispanoamericana, con una semblanza y noticia de su obra.

Esta es una relación sumaria de hechos que se vinculan con la publicación de este libro por Ediciones de la Plaza, en los que tuvo principal cometido la expresa voluntad de los herederos de Juana de Ibarbourou, Sras. Alba Lambiaso Fernández de Pisani, Olga Cháves Fernández de Boehm, Sres. Arq. Darío Chaves Fernández, Jorge Lambiaso Fernández, y sus asesores legales Dra. Briné Sol Toscano y Dr. Eduardo Graiño Acerenza.

*Walter Rela
Montevideo, abril de 1992*

CRONOLOGIA ANOTADA *

*Mi alma es como las islas, irremisible prisionera con los labios salados y el sueño lleno de proas y hélices que no se moverán más que en el círculo atormentado que tenemos detrás del hueso exacto de la frente.
No pudiendo ir hacia las ciudades presentidas, junto caracolillos para hacer collares que semejan riendas.
Más allá está el mar, el camino, los ardientes focos de humanidad.
Pero no es mi destino andar entre combatientes y darles de beber en mi cantimplora de agua pura y amarga.
Apenas bebo yo misma la cantidad justa para no perecer.
Sin embargo, siempre he estado en espera de Simbad el Marino, que gira por el mundo, eterno Judío Errante de la vida movediza como los médanos.
Pero Simbad es un mito.*

(Diario de una Isleña)

- 1892** 8 de marzo. Juana Fernández Morales nace en la Villa de Melo, primera sección judicial del Departamento de Cerro Largo. Fueron sus padres Don Vicente Fernández (español, oriundo de Lugo) y Doña Valentina Morales (criolla, oriunda del Tacuarí, Cerro Largo).
- 1900** 20 de marzo. La bautizan en la Parroquia Nuestra Señora del Pilar y San Rafael, de Melo. Registrada en el Libro de Bautismos Nº 20 Folio 36.
Fueron padrinos Francisco Sanmartín y Lorenza Sanmartín.
Juana dirá después, al comentar esta ceremonia:
"He tenido en la vida, suerte deslumbrante con mis padrinos. Fue el de pila el General Aparicio Saravia, ídolo de mi casa".
- 1903** 15 de marzo. Aparicio Saravia sale de su estancia "El Cordobés" para reunir a sus correligionarios e iniciar el levantamiento contra el gobierno del Presidente José Batlle y Ordóñez.
30 de marzo. Se firma el acuerdo de Nico Pérez entre el gobierno colorado y los revolucionarios blancos.
En **Chlco Carlo** recuerda, que su padre fue soldado de Aparicio.
"...Isa puso alrededor de la copa del sombrero de mi padre una ancha divisa blanca con letras bordadas en gusanillo de oro y chispeantes lentejuelas. Un aire misterioso circulaba por toda la casa. Isa bordaba de noche otras cintas blancas, ocultando el bastidor detrás del sofá, si alguien hacía sonar la mano de bronce de la puerta de la calle. Mamá preparó una maleta de lienzo azul con mudas de ropa interior, paquetes de provisiones y reliquias de santos."...
- 1904** 8 de enero. Por incumplimiento del Pacto, los blancos nuevamente inician la guerra civil.
1º de setiembre. En la acción de Masoller es herido Aparicio Saravia, que muere el 10 en Río Grande del Sur (Brasil).
24 de setiembre. Se acuerdan las bases de paz en Aceguá.
- 1905** Recordará su adolescencia en **Autorromance de Juanita Fernández**.
- 1910** Publica sus primeros poemas en "El Deber Cívico", diario de Melo cuyo propietario era Cándido Monegal y redactor su hijo Casiano.
Bajo el seudónimo FID aparecen "Versos inéditos", "A las visitas", "Otoño" (julio de 1910), "Mañana", "La maga rubia", entre otros.

* Los datos aquí mencionados se basan en documentos legítimos cuyas fotocopias poseo en propiedad. W.R.

OTOÑO

*Caen las hojas secas. El viento marchita
Las últimas flores que abren los rosales.
En las tardes grises, largas, otoñales.*

*Hay una tristeza vaga é infinita.
Las sendas se enlodan. La fuente recita
Su postrer leyenda. Sombras espectrales
Semejan las cosas bajo los liliales
Reflejos del cielo. La brisa musita*

*Cánticas extrañas. Blanca cual la cera
La pálida enferma mira la severa
Calma del paisaje y á la luz incierta,*

*Grave y taciturna, del ocaso triste,
La pálida enferma se finge que asiste
Al postrer ensueño de una novia muerta.*

Fid.

Julio de 1910

"En El Deber Civico de Melo, publiqué mis primeros versos que los firmaba con un seudónimo minúsculo, FID, cuyas tres únicas letras forman el apellido de un casi absolutamente anónimo escritor francés Jean Fid, de quien había leído por entonces una linda novela rosa que me apasionaba.

¡Jean Fid! Por gratitud y emoción y el ensueño que me dio con su libro, yo adopté su nombre".

1912 En el mismo diario y con el mismo seudónimo da a conocer "Mi escudo":

MI ESCUDO

*Una palabra tuya me domina.
Es para mí una órden tu mirada.
Mi voluntad ante tu amor se inclina,
como una flor que el huracán reclina
y mantiene a su impulso doblegada*

*No tengo más defensa y más escudo
que el que pueda ofrecerme tu conciencia
¡Siempre que sufro a tu temura acudo!
¡Tu cariño es mi amparo en este rudo
batallar sin cuartel de la existencia!*

*¡Toda me entrego á tí! Cual un arullo,
ansiedad de renombre, sobrehumanos
ensueños de la oruga en su capullo.
¡Todo el rico tesoro de mi orgullo
pongo como una ofrenda entre tus manos!*

*¡Toda me entrego á tí con la confiada
seguridad con que se ampara el niño
de los que sabe fuertes, cuando alrada
la tempestad deshoja despiadada
las azucenas blancas como armiño!*

*No tengo más defensa y más escudo
que el que pueda ofrecerme tu conciencia.
¡Siempre que sufro á tu temura acudo!
¡Tu cariño es mi amparo en este rudo
batallar sin cuartel de la existencia!*

Fid.

1913 28 de junio. Se casa en su ciudad natal con el Capitán Lucas Ibarbourou.

1914 23 de agosto. Nace su hijo Julio César.

La condición de militar de su esposo obliga a la familia a trasladarse a distintas localidades del interior, Canelones, Rocha, Rivera y Tacuarembó. (V. Autobiografía lírica).

1917 Con el seudónimo de Jeanette de Ibar, en el diario "La Razón" de Montevideo publica "El pájaro azul":

EL PAJARO AZUL

SOLEDAD PROPICIA

*El amor es más dulce entre el agreste
silencio de los bosques y los prados;
en los largos caminos afelpados;
en la infinita soledad silvestre.*

*Ante el espejo límpido y celeste
de los inquietos lagos azulados;
bajo el oro del sol entre sembrados
de esmeraldina y de fragante veste.*

*¡Amémonos aquí, con toda el alma!
Gocemos nuestro idilio entre la calma
del bosque, misterioso como un mito.*

*Y verás como así, libre y sereno,
el amor es grandioso, como un seno
que diera de beber al infinito.*

Jeanette de Ibar.

Montevideo, 1917.

1918 Vicente Salaverri escribe una nota sobre su obra en el suplemento semanal de "La Razón" bajo el título de "La revelación de una extraordinaria poetisa". (V. Autobiografía Lírica).

1919 Febrero. Salaverri publica en la revista "Nosotros" (Buenos Aires año XIII, tomo XXXI, p. 187—96) el artículo "La poetisa Ibarbourou" ilustrado con diez poemas de **Las lenguas de diamante**.

Entre otras cosas dijo:

... "Esta poetisa fue revelada por nosotros hace poco más de año y medio. En La Razón, tejimos un comentario en el cual esmaltaban, como magníficos camafeos en un engarce vulgar, siete sonetos admirables"...

... "La nota femenil está bien dada. No todos los mortales han llegado a comprender todavía que la imaginación viene a ser, dentro de lo intelectual, lo que la voluntad con respecto a los movimientos. En este caso, no puede discutirse que estamos ante una persona realmente imaginativa. Su inteligencia, al irradiar sobre los objetos, los anima, los exalta, los hermosea.

Caracteriza al poeta, antes que nada, su exceso de vida interior y una como adivinación de todo lo que nunca ha podido profundizar.

"Iluminaciones internas" decía Faraday. Por algo se ha sentido que el verso debe ser, donde quiera que se quiebre, luz, augurio y perfume"...

... "Hace poco que Juana de Ibarbourou se ha emancipado de la tiranía del soneto. Cediendo a recomendaciones de media docena de intelectuales que seguían con interés su obra, decidióse a ensayar formas donde la idea no tuviese que ser torturada. Y acaba de componer poemas de una insuperable ingenuidad, dando a este vocablo su verdadera significación; esto es: lo contrario del disimulo".

En Buenos Aires se edita **Las lenguas de diamante** con esta Dedicatoria:

"Dedico este libro a mi compañero, ya que la mayor parte de estas poesías, que datan de la dulce época de nuestro noviazgo, son y serán siempre actuales, porque es perdurable el sentimiento que las ha inspirado, y una perenne ilusión hace que en el esposo vea siempre al amante".

J. de I.

El libro lleva el prólogo de Manuel Gálvez que transcribimos:

"Mientras en España no ha habido una mujer que merezca el nombre de poeta, fuera de la maravillosa Rosalía de Castro que escribió en gallego, aquí, en el Río de la Plata, son varias las que han versificado con talento. ¿A qué se debe esta superioridad nuestra, siendo la Argentina y el Uruguay países de escasa literatura? ¿A la sensibilidad y libertad de la mujer, mayores aquí que en España? ¿Tal vez a que en estos países optimistas, sin cansancio y de pocos prejuicios, el amor —tema casi exclusivo de la mujer escritora—, es cosa más común que allí y puede manifestarse, de cualquier clase que sea, con mayor independencia?"

Digo esto porque —y he aquí otra singularidad— las tres mujeres rioplatenses que más aptitud han revelado en el verso castellano, —Delmira Agustini, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou—, apenas cantan otra cosa que el amor: un amor de los sentidos, ardiente, sin recatos, casi puramente físico; un amor que no tuvo nunca expresión lírica en la literatura hispanoamericana, a lo menos sentido y cantado por mujeres. Y aquí otras preguntas: ¿Será que las mujeres de estas regiones sienten el amor de tal manera? ¿O será, más bien, obra del contraste entre la realidad y la imaginación? ¿Y porqué en otras comarcas de habla castellana no ha aparecido esta forma de poesía?"

Si Stendhal viviese, seguramente diría que en las márgenes del Plata no existe amor—pasión. Así lo deduciría del conocimiento de las mujeres rioplatenses y del horror que le produciría nuestra vida mediocre, sin exaltaciones, sin heroísmo, sin entusiasmo para nada que no sean negocios. Pero la lectura de los versos de estas tres mujeres apasionadas le desconcertaría extrañamente. No sabría si considerar su poesía como obra solamente individual o como un signo revelador del espíritu femenino. Pues resulta asombroso el sentido helénico de la vida que muestran las tres escritoras —para las cuales nada existe en el mundo sino su amor y sus sueños— en países donde las mujeres se interesan por los precios de los cereales y la valorización de los terrenos.

Hablo de esto, no para negar carácter representativo a este género de poesía —no considero indispensable que la obra de arte sea un producto del ambiente, si bien lo prefiero así— sino para establecer que en el caso de Juana de Ibarbourou, como en el de Alfonsina Storni, veo la influencia de Delmira Agustini, la primera mujer que, con prodigiosa audacia, se atrevió a tratar los temas del amor sin la pudibundez de la vieja retórica y de la moral oficial. Delmira Agustini, mujer de gran talento y fuerte personalidad, produjo cierta sensación en el ambiente literario del Río de la Plata. Es lógico que el prestigio de su literatura, la valentía de sus ideas y sus palabras, y su muerte romántica, impresionaran a otras escritoras más jóvenes que sentían en su interior el fuego lírico. Creo en la personalidad de Alfonsina Storni y en la de Juana de Ibarbourou, pero no dudo que la lectura de la Agustini y su prestigio contribuyeron poderosamente a despertar en aquellas la vocación poética. Delmira Agustini abrió el camino. Es casi un jefe de escuela. Si sus versos no existieran, ¿tendrían la misma audacia Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou? ¿Escribirían sobre los mismos asuntos que escriben, y que, antes de la Agustini, en castellano, jamás osó tocar mujer alguna?"

Pero naturalmente hay grandes diferencias entre las tres. Si así no fuese, las que han venido después de la Agustini no tendrían la personalidad que tienen ni el valor que debe reconocérseles. Delmira Agustini es romántica, imaginativa, fantástica. Alfonsina Storni me parece más humana, y sin duda tiene más inquietud que las otras. En ambas hay tristeza y sufrimiento, más en la argentina que en la uruguaya. El dulce daño está lleno de gritos, y tanto este libro como irremediablemente han surgido desde el fondo del alma.

En *Los cálices vacíos*, —sin que esto signifique negar su sinceridad—, hay mucha literatura. Abundan las imágenes, el vocabulario tiene cierta riqueza y la frase es relativamente complicada.

Juana de Ibarbourou no revela por ahora ni inquietudes, ni tristeza, ni sufrimiento. En sus versos el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural. Se ama en este libro con pasión y alegría, y, excepcionalmente, con cierta gravedad como de rito religioso. A veces asoma en ciertas páginas un poco de dolor o de pesimismo, pero hay tanta juventud y tanto entusiasmo en las restantes y aún en aquellas mismas, que, en el conjunto, pasa inadvertida la intención. La amada de este libro habla con ingenuo y casto impudor —si es posible unir estas dos palabras— de su cuerpo moreno, de caricias ardientes, de deseos. Pero no contiene el volumen, sin embargo verdadero sensualismo. Felizmente, carece de impureza, y la voluptuosidad es en él escasa. Todo está dicho con dignidad, noble y bellamente, y no creo que pueda despertar en ninguna alma pensamientos impuros. *Las lenguas de diamante* está a buena distancia de esos libros de versos repugnantemente sensuales, olientes a voluptuosidad de lenocinio, que solían aparecer hace algunos años. (Ahora los jóvenes poetas quieren ser cristianos y puros, cuando no místicos). Tampoco muestran refinamiento los versos de Juana de Ibarbourou, ni nada de enfermizo ni de psicológicamente complicado; hay en ellos demasiada salud física y moral, para todo esto.

Es en suma un libro pagano, y si no fuera por su entusiasmo y por cierta nerviosidad de la línea, diría que helénico, de un helenismo no metropolitano, sino de un helenismo de las colonias del Mediterráneo, de una Sagunto o una Parténope. Pero tal vez los detalles de suntuosidad que aparecen aquí y allí y algo de voluptuoso que se advierte en ciertas composiciones, solo confirmen el vago carácter oriental del libro, que gana con esto un encanto más. Sí, hay algo de oriental en *Las lenguas de diamante*. Se habla allí del cuerpo moreno de la amada, ungido de esencias de nardos, moreno cual "un suntuoso marfil", y que se ofrece al amante "como un raro bronce oriental". Se habla de sandalias, se mencionan con persistencia olores, como aquella esencia de nardos, ardiente y penetrante. Se nos cita a Salomé, a Magdalena y a Thais. Y no escasean las imágenes orientales: la boca es una rosa desnuda; el beso es miel; la vida, una abeja ebria; el amante tiene en los labios un panal escondido; el corazón de la amada es una cisterna

salobre. En una ocasión, el poeta dice "el cardo del hastío"; y en otra recuerda a la higuera, que si bien es nuestra también es oriental y aparece con frecuencia, como las demás cosas nombradas, en la poesía de los árabes.

Pero todos estos detalles, —que no tienen tanta importancia como pudiera creerse y que apenas dan un levisimo matiz de exotismo a este libro— no bastan para disminuirte en un ápice su esencial característica: la de expresar bellamente un sentido natural del amor y de la vida.

La amada se mezcla con la naturaleza. Así, la luz que palpita en sus ojos llega a hermanarse con la tarde dorada; siente una fragancia que no sabe si sube del frescor de la hierba o si se eleva de su alma; quiere que cuando esté muerta, bajo tierra, el amante le arroje semillas de lirios para que se enraícen en sus huesos y poder ella subir por la escala de las raíces vivas a mirar al amante desde las flores. En todo momento está presente la naturaleza; pero no como un simple testigo, sino como un personaje esencial del cuadro. Se diría, por esto, que los mismos amantes no son sino un detalle dentro de la naturaleza. Citaré como ejemplo el bello soneto titulado *Amor* donde no hay un solo verso que no hable de cosas naturales: plantas, aromas campesinos, cantos de pájaros, umbrías y praderas, árboles y flores, y donde el amor llega al lecho de la amada cruzando largas eras, y ungiendo su piel de esencias campesinas. Y así como en el amor está siempre presente la naturaleza, en las descripciones del campo o al hablar del sol o del agua o de la llama, está presente siempre el amor. La última parte del volumen es la más significativa en cuanto a esta compenetración con la naturaleza. Tendría que transcribir casi toda, tantos ejemplos pudiera encontrar en ella. Pero no quiero dispensarme de mencionar esos dísticos tan hermosos titulados *Matinal*, que constituyen uno de los más lindos y originales elogios del sol que he leído; ni *La buena criatura*, que es la alabanza del agua; ni *Salvaje*, casi una obra maestra, desbordante de frescura, de salud, de paganismo, de amor a la naturaleza, y cuyo comentario exigiría varias páginas; ni el encantador soneto *Vida aldeana*, que respira un profundo sentimiento bucólico; ni aquel otro soneto *Pantefismo*, que resume el espíritu del libro.

Quiero insistir en que se comprenda cómo el amor es un elemento de la naturaleza. La amada y el amante de este libro se quieren del mismo modo que las plantas crecen y que las flores exhalan sus aromas: sencillamente, naturalmente, sin la conciencia tal vez de que se quieren, sin el más mínimo intento de analizarse. Ellos no parecen tener ninguna sospecha de lo que el mundo llama impudor, y hacen pensar en Dafnis y Cloe. Todo ello explica la singular objetividad de este amor, tan ausente de espiritualidad y subjetivismo, y que, en parte por esto, se diría un mármol griego. Y por esto también a pesar de sus audacias, lejos de parecernos impuro lo consideramos casto, como es casta la desnudez de una estatua helénica y como es casta la naturaleza. El impudor y la inmoralidad son invenciones de los humanos.

Y hé aquí cómo esta poesía viene a ser en cierto sentido representativa. ¿No está acaso de acuerdo el amor de los sentidos y no del alma, con la idiosincracia de nuestro ambiente, donde no existen inquietudes espirituales? Yo desearía que mis conciudadanos —y hago extensivo este anhelo a todos los hombres de América— viviesen la más alta vida espiritual posible. Lo he dicho tantas veces que nadie dudará de mis opiniones. Pero por esto no he de negar nuestra realidad como no he de negar su belleza a un libro tan opuesto a mis preferencias estéticas y a la esencia de mi literatura. Yo admiro con lo más profundo de mi alma la poesía de Amado Nervo, toda espiritualidad y vida interior; pero ello no me impide comprender la poesía de Juana de Ibarbourou, toda objetividad y vida externa, aunque no pueda preferirla — hablo del género, pues no intento comparar los valores de ambos poetas— a causa de mi natural temperamento y de mis opiniones espiritualistas.

Este libro tan sano, tan juvenil, tan moderno y a la vez tan de todos los tiempos, está realizado con verdadero arte. El verso de Juana de Ibarbourou no siempre es perfecto, pero jamás carece de vigor, de exactitud, de soltura. Las imágenes son acertadas y nunca la forma deja de ser elevada y poética. Como en los versos de los verdaderos poetas, en los de Juana de Ibarbourou hay una íntima relación entre las palabras, el ritmo, el movimiento y desarrollo de la frase y el concepto. En cada una de sus composiciones hay una idea, y el poeta la desarrolla sin tropiezo, sin esfuerzo, unidas —con lógica gramatical e interior y sin perturbar el ritmo— las palabras unas con otras y unos con otros los versos.

Para concluir, afirmaré que este primer libro de Juana de Ibarbourou constituye un acontecimiento en la literatura americana. Es una nota nueva, personal, interesantísima. Es la obra de eso tan escaso, sobre todo entre nosotros — y tan necesario y admirable en todas partes— que se llama un poeta.

Juana alguna vez declaró su desazón por la demora en recibir comentarios críticos sobre este libro, pero pronto le llegarían algunas cartas de relevantes personalidades como esta de Unamuno fechada en Salamanca el 18 de setiembre:

Señora doña Juana de Ibarbourou:

He leído, señora mía, primero con desconfianza y luego con grandísimo interés y agrado su libro *Lenguas de diamante*. La desconfianza es en mí antigua por lo que hace a poesía de mujeres. El soplo poético de una Safo que desnuda castamente su alma —que cuesta más que desnudar el cuerpo— en sus versos, desapareció casi con el cristianismo. Después, el llamado amor místico ha sido una hoja de parra, cuando no una máscara. Aquí, en nuestra España v. gr. creo que los versos más cálidos son los de Carolina Coronado, pero si cuando habló su alma de madre, cantando a su hija, es incomparable, sus versos al "amor de sus amores" son una hoja de parra, una hoja reseca y arrugada por un amor oculto y así le falta frescura. Una mujer, una novia, aquí, no escribiría versos como los de usted aunque se le vinieran a las mientes y si los escribiera no los publicaría y menos después de haberse casado con el que se lo inspiró. Y si una mujer, aquí, se sale de la hoja de parra de mistiquerías escritoras es para caer en cosas ambiguas y malsanas. Por eso me ha sorprendido gratuitamente la castísima desnudez espiritual de las poesías de

usted, tan frías y tan ardorosas a la vez. Y al enviárselas, como me pide, a J. R. Jiménez y a los Machado, se las recomiendo.

Claro que en sus poesías hay, para mi gusto, desigualdades. La nota triste, decorazonada y pesimista no le sale a usted bien. Me parece que se imagina, más que siente el desengaño. Le debe de tener a usted muy presa la vida. Y que esto le dure mucho.

"La espera", "Lo que soy para ti", "La hora" (estupenda), "Implacable", "El fuerte lazo", "Te doy mi alma", "La cita", "Las parvas", "La promesa", hermosísimas, hermosísimas.

Releí su libro volviendo a leerlo en voz alta a un amigo ciego, poeta también, a quien acompaño a diario y a quien sirvo de lazarillo y de lector, y no sabe usted bien lo que lo impresionó "La angustia del agua quieta". Por lo demás fue él quien me sugirió —¡a mí, profesor de literatura griega!— el recuerdo de Safo; de la Safo histórica, por supuesto, no de la legendaria. Y ahora ¿a qué vendría que le hablase a usted de lo que creo inexperiencia de léxico, de ciertas pequeñas violencias del lenguaje y de sumisiones a la tiranía de la rima? Eso importa poco.

Lo que sí creo es que debe usted dejar las tristezas hasta que ellas le vengan que, desgraciadamente, teniendo como usted tiene un alma sensible y hasta ardiente, le vendrán —y le basten cuando usted dice:

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
se te oprima en los labios!

suenan ella a algo natural, espontáneo, sentido (yo en vez de oprima, vocablo demasiado literario, habría dicho apriete) pero cuando añade:

Después será cenizas bajo la tierra negra,

esto me parece más razonado que sentido. Así, "Laceria" me agrada pero no me convence. Y no es que yo no guste ni sienta ese sentimiento; al revés, lo siento acaso más que el otro y he propendido siempre a lo elegíaco más que a lo idílico, pero en usted me suena algo así como uno que dueño de una lira de excepción, quisiera tocar todas sus cuerdas y alguna de ellas era de prestado.

Su libro me interesa. He de decir algo más, y no a usted sola, de él.

Veo por su apellido que tiene usted sangre vasca, pues su apellido, aunque usted lo escribe a la francesa, es vasco puro —"cabecera del valle", significa—, y yo soy vasco puro.

La saluda con toda simpatía

MIGUEL DE UNAMUNO
Salamanca, 18-IX-19

Meses después, en una de sus habituales notas remitidas a La Nación de Buenos Aires, comentará:

"Una excelente, excelentísima poetisa oriental —y esto de oriental le cuadra por algo más que por ser uruguaya— Juana de Ibarbourou ha escrito unas poesías de una castísima y ardiente desnudez, de un ardor de pasión contenido que recuerda a las de Safo —no las de la leyenda—, poesías que no sé de mujer española que las haya escrito y si las hubiera escrito no las habría publicado... Esas poesías, incorrectas a las veces, desmañadas tal vez, pero intensas y hondas y encendidas, poéticas, en fin, casi siempre, forman un volumen que se titula LAS LENGUAS DE DIAMANTE... La autora nos ha remitido sendos ejemplares —¡gracias!— a Juan Ramón Jiménez, a Antonio y Manuel Machado y a mí. Los cuatro diremos lo mucho bueno que de esa poesía tan genuinamente femenina creemos y sentimos".

1920 El cántaro fresco. Gustavo Gallinal, que le dedica en 1922 una lúcida crítica dice:

..."El cántaro fresco es un libro de pequeños poemas en prosa, algunos de los cuales nacieron de idéntica emoción de la inspiración misma de las poesías de *Lenguas de diamante* o *Raíz salvaje*.

A veces la notación en prosa es más fresca, más límpida. La escritora no alcanza siempre el completo dominio del verso. Su pensamiento se mueve con graciosa desenvoltura en la desceñida y flotante veste de la prosa. Estos poemitas son transparentes y cordiales. La prosa de Juana de Ibarbourou está exenta de la inflación oratoria, del helenismo de decadencia recargado y bárbaro, del casticismo amanerado, de la vulgaridad que algunos preconizan hoy como reacción contra aquellos excesos. Se mueve libre del peso de las riquezas, de las prodigalidades ornamentales que son signos, entre nosotros demasiado frecuentes, de insinceridad, vicios literarios, perversiones tanto más terribles cuanto más gratas son al paladar estragado de muchos. Hay honradez en el decir claro y sencillo. Juana de Ibarbourou no ha renunciado a ella..."

(Letras uruguayas, París 1928)

1921 28 de junio. En la Iglesia del Perpetuo Socorro (Montevideo) se celebra la ceremonia religiosa de su casamiento siendo sus padrinos Juan Zorrilla de San Martín y Carmen Izcuza Barbat de Muñoz.

"Mi boda había sido sólo civil; imposición de mi padre, mi pobre y adorado ateo, luego, por celeste milagro, convertido un año antes de morir a la religión de mi madre y mía, fuente de consuelo, seguridad y esperanza".

"Desde aquel 28 de junio de 1921, Don Juan Zorrilla de San Martín fue para mí ese algo dulce y sagrado que es un padrino".

(v. Mis amados recuerdos)

1922 Raíz salvaje. *"Lenguas de diamantes es un libro erótico, Raíz Salvaje vegetal. En [L. de D.] aparece expresándose de manera más sobria y desnuda. Esta tendencia a la desnudez de las formas y a la condensación expresiva de la imagen se va acusando más hasta Raíz Salvaje". (Alberto Zum Felde, Proceso Intelectual del Uruguay).*

1923 Juan Parra del Riego la incluye (junto con otras poetas uruguayas Delmira Agustini, Artucio Ferreira, Izcua Barbat, Luisa Luisi y María Eugenia Vaz Ferreira) en su Antología de Poetisas Americanas (Montevideo, 1923):

... "Juana de Ibarbourou no había leído en ese tiempo a los grandes poetas. ¿Cuál era su cultura literaria? Casi ninguna. Pero había oído mucho con un encantamiento angustioso y delicioso de todos los ruidos de la naturaleza en su campo uruguayo. Y pájaros, caídas de agua,, coros de los sapos a los záfiro nocturnos, carreras del 'pampero' junto a los grandes eucaliptus religiosos, el cuadro de madrugadas de una aplacadora y poderosísima poesía, formaron poco a poco toda su estética. La estética de Juana de Ibarbourou que está toda en estas tres palabras: instinto, fatalidad y naturaleza"...

1925 31 de enero. A su paso por Montevideo, regresando de un viaje por Europa, Gabriela Mistral es saludada en el Puerto por Juana de Ibarbourou.

1927 Condecoración de la República de Bolivia

Es probable que en este año Borges, estuviera en Montevideo y en un encuentro con sus amigos, los poetas nativistas (colaboradores de la segunda época de "Proa") la haya conocido.

... "Yo tengo la mejor opinión de Juana. Una gran escritora a la que conocí, pero nunca pude definir. Hace muchos años, en una comida en la que estaban presentes Emilio Oribe, Fermán Silva Valdez, Pedro Leandro Ipuche y una mujer de una belleza irónica, casi alarmante, que me hizo sentar a su lado y hablar durante dos horas de literatura. Creo que nos referimos a Herrera y Lugones, no estoy seguro. Luego, cuando nos despedimos, le pregunté: ¿Con quién he tenido el gusto de hablar? Ella me respondió: 'Me llamo Juana de Ibarbourou y Ud.?' 'Yo me llamo Borges'. Y no nos vimos más en la vida. Lo único que sé es que en toda América se habla de ella"...

Se publica en París, **La touffe sauvage**, selección de poemas traducidos por Francis de Miomandre.

1928 Condecoración de la República de Venezuela

Baldomero Fernández Moreno en el grupo "Poemas del Uruguay", incluidos en **Antología 1915-1947** (Buenos Aires, 1948) le dedica esta décima:

A JUANA DE IBARBOUROU

*Baja, flexible, elegante
la veo erguirse a lo lejos
contra un muro de azulejos
cerca del mar resonante.
Rostro moreno y picante,
marinera y campesina,
diente blanco y lengua fina
diversamente triunfal:
si para hablar, un panal,
para cantar, diamantina.*

1929 10 de agosto. En el Palacio Legislativo (Montevideo) se realiza un acto solemne presidido por Don Juan Zorrilla de San Martín donde se le consagra Juana de América.

Alfonso Reyes pronuncia un discurso cuyo texto transcribimos:

Amigos de Montevideo: Dos veces me pone vuestra ciudad en el paso honroso de resistir fardos desiguales con mis fuerzas. Una vez, era un mensaje de simpatía para mi tierra, y ahora habéis querido que yo concurra a este homenaje sin duda para que yo traiga, simbólicamente y sólo por venir de fuera, el aplauso continental que vuestra

poetisa ha merecido. De pasada, amigos, me estáis enseñando a ser humilde, y a aceptar con sencillez y sin rubor las tareas que nos reparte la suerte.

De todos los rumbos que practicaba mi vela ha venido, desde hace años, sintiendo el latido de este faro, luz sobre el mar y voz sobre la tormenta. Alguien, aquí, nos prestaba sus risas y sus gemidos; alguien, aquí, nos devolvía la confianza en las posibilidades del espíritu; alguien oraba aquí por nosotros. Y la eternidad del principio femenino, trágico y dulce a un tiempo, iba derramando sobre nuestro mundo poético ese provechoso temblor que equivale a la pulsación de las alas.

Una cosa leve y terrible —una mujer se había adueñado de las palabras. Un jugo frutal entró en los versos. Y en nuestra mente, un acogimiento candoroso de la parte buena de la vida: pero, junto a eso, una capacidad increíble para dejar entrar el amargor y la sombra, ensanches de alma donde ruedan los metales fundidos del dolor y del gozo, y al fin la canción que todo lo salva y lo redime: el verso proyectado hacia el cielo.

Todo está bien, entonces, y de todo pueden brotar flores y estrellas. Una manecita delicada impone armonía en el gran desastre, y también en los cuidados pequeños. ¡Oh, cuántos, cuántos hombres sucumbirían o enmudecerían si no ante ese rayo de catástrofe que nos hiere dos o tres veces en la vida, (porque, ciertamente, el ánimo del varón parece hecho para contrastarse con los grandes derrumbamientos), si ante esa sorda labor de la pena diaria que va cuarteando los muros de la casa, pintando en las frentes todas las arrugas del cuidado y nublando, con telarañas cada vez más espesas, los pozos de la voluntad. Una cosa leve y terrible —una mujer— era, pues, capaz de este milagro.

Y Juana en el Norte, Juana en el Sur, en el Este y en el Oeste: por todas partes fueron cayendo las palabras. Juana donde se dice poesía y Juana donde se dice mujer. Juana en todo sitio de América donde hacía falta un aliento. Juana en las fiestas de la razón y en el luto de los corazones. ¡Oh, invasión! ¡Oh, Evangelio! ¡Y eras tú, di, aquella pequeña gracia escondida, y saliste a hacer temblar a todos? Alta función de la poetisa, porque nos estimula mucho más que cien hombres. En estos pueblos que anhelo y brega, en estos pueblos nuestros sedientos ¡qué mejor piedad, ni qué misericordia más plena! En el desfile histórico de los Padres del Alfabeto, nuestros maestros y ensayistas americanos, nuestros gramáticos americanos, nuestros poetas y doctores de uno a otro extremo de la raza, aparece ahora algo más cercano a la forma pura del alma: otra mujer. Con cuánta justicia la aclamamos nuestra Juana de América.

Notaréis que he dicho: "otra mujer". No tanto por evocar otras figuras de poetisas de hoy o de ayer, que ya viven en vuestra mente (recordemos sólo, por lo mismo que anda tan lejos, a la montañesa Gabriela, cumbre borrascosa en nuestros Andes), sino porque la asociación del nombre mismo me ha hecho pensar en la otra Juana de América, en la ardiente monja mejicana del siglo XVII: en Sor Juana Inés de la Cruz. A la distancia de tierras y de siglos, he aquí dos voces diferentes (ave, aquélla, trabada en la jaula de oro del silogismo y del concepto, y no por eso menos canora; ave, ésta, prendida en la más frágil rama, sacudida en vano por el viento de la locura, y no por eso menos firme y menos acordada); he aquí dos voces, que concuerdan en ofrecer los paraísos no vedados de la imaginación y de la esperanza como un desquite para la vida, y el tapiz volante de la palabra como un talismán verdadero para escapar a las gravitaciones mezquinas de la tierra.

Parece que desperdicio una ocasión preciosa para el crítico literario. Pero ni me incumbe ahora esa tarea, ni quiero —al asociarme a este homenaje dejar de insistir en lo que constituye, a mi sentir, su carácter único. Grande es la grandeza literaria, y a adorarla he consagrado lo mejor de mí mismo. Pero hay algo de que hablo poco, y que cada vez se insinúa más en mi conciencia. Hay algo tan grande en la conducta, y los versos no son más que la parte musicada de ella. Más grande que todo es la voluntad de superación, que afirma día por día, puesto el pie sobre la escoria que somos, el sentido angélico del hombre.

Siento y digo que este homenaje es, Juana de América, una fiesta moral.

Juana agradece con estas palabras:

Señores.

La impresión de este instante es demasiado profunda, para que me sea posible transformarla en palabras y en voz. En cambio, fácil os será a vosotros adivinar lo que significa este momento para mi corazón, que empieza a anegarse de sombra.

Nacemos con la esperanza de un día. A veces, es una esperanza casi secreta para nosotros mismos, que no nos atrevemos a mirarla cara a cara ni siquiera en el ensueño. Pero está en nuestro presentimiento para hacerse torrente o relámpago, cuando el Destino trace su señal o cuando Dios mismo diga ahora. Y en ese día, como en un haz vibrante se engavillan todas las emociones capaces de caber en una existencia entera. Sin embargo; yo no esperé nunca, no alenté, no busqué, no pedí a los dioses esta hora de premio máximo, que viene ella a la vida por la voluntad fraterna de un grupo de poetas y de amigos, que no han querido que me vaya de la juventud sin saber lo que es la generosidad del afecto desinteresado y puro, que hace nacer impulsos de esta índole; no han querido que la tiniebla descienda sobre mí sin que se pose una vez siquiera sobre mis manos el reflejo de la claridad que forman las aureolas; no han querido que, a punto de que se me desmenuzase la confianza en todo bien humano, a fuerza de desaliento y de luchas amargas, me quedase desamparada de toda fe.

Les doy las gracias con la sensación del que encuentra de pronto una lámpara encendida en la noche impenetrable. Y contraigo, por este fragmento de tarde enriquecido de generosidad y afecto, el compromiso más grande para el porvenir: el de ganarme ante mí misma el derecho de este día que la adhesión de mis amigos ha transformado en mi día. El de recobrar con la esperanza el ánimo de crear y la ilusión del ensueño; el de recuperar la avidez nueva de creer en el sol y la erguidura del afán de trabajo que se me estaba durmiendo en la voluntad aflojada y sin fuerzas de levantamiento. Gracias a todos, porque a todos deberé en el porvenir esa especie de resurrección que es la fe reconquistada.

El grupo de jóvenes poetas que ha deseado hacerme ver que no estoy sola en el camino —yo, que soy un ser esencialmente organizado para la simpatía y el afecto!— queda ligado para siempre a mi porvenir y a mi obra por el vínculo indestructible de esta hora de compensación inesperada.

¡Gracias a ellos, y a todos los que han contribuido a darme este orgullo y este bien! Gracias a Alfonso Reyes, cuyo corazón es tan grande como su talento, y que me ha traído la voz de su México de maravillas. Gracias por todos los signos cordiales que me han llegado de todos los países de América. Gracias. en fin, a cuantos me rodean en esta hora, que es la más resplandeciente de mi vida.

Un mes después, recibirá esta esquela:

*"José Santos Chocano a su ilustre colega Juana de Ibarbourou; y reclama para sí el honor de haber sido el primero en darle justicieramente el nombre de Juana de América.
Santiago (Chile), Día del Uruguay, 25 de agosto, de 1929.*

Entre los telegramas recibidos se destaca el de los intelectuales cubanos (La Habana 19 de agosto) que firman Varona, Mañach, Lizaso, Ichaso, Marinelo, Entralgo, Cintio Vitier, Florit, Novas Calvo, Luis Felipe Rodríguez.

1930 Febrero. **La rosa de los vientos.** En el suplemento del "Imparcial" Osvaldo Crispo Acosta (Lauxar) escribió una extensa crítica en la que entre otros conceptos expresó:

"...En La rosa de los vientos la poesía es sincera y juntamente ingeniosa, cordial y sutil a un mismo tiempo. Ella es por un lado confesión íntima, y por otro, juego de estilización y amaneramiento. A la emoción viva se mezcla en ella el artificio voluntario y estudiado. A la palabra espontánea que brota del alma con efusión lírica de canto, se agrega el singular capricho de un arte fino y complicado que rehúsa la expresión directa y se afana en componer, con nuevos procedimientos, imágenes raras y preciosas de significación indecisa"... (En: Lauxar. Motivos de Crítica. Montevideo: 1965, tomo III, pág. 222.

1931 12 de octubre. Por su libro **La rosa de los vientos** recibe: **Ordre Universel de Mérite Humain.**

*"Au noble poète Juana de Ibarbourou
a
Montevideo
Amérique du Sud*

J'ai l'honneur de vous informer que votre ouvrage La Rose des Vents a été couronné par notre société. En conséquence, vous avez désormais le droit de faire suivre au précédent le titre de votre ouvrage de la mention suivante: Ouvrage couronné par l'Ordre Universel du Mérite Humain. Genève 1931.

Avec nos félicitations pour votre belle oeuvre littéraire, nous vous adressons, noble poète, l'expression de nos meilleurs sentiments".

1932 24 de julio. Fallece su padre.

El capitán Angel Cambor (1899-1969), atento a razones históricas creó la Bandera de América, con esta significación:

"...lleva por fin la preparación espiritual para una vida de relación y comprensión mutua, humana y sin egoísmos, entre los pueblos hermanos de América, dando así un ejemplo y adelantándose al porvenir, con la idealidad americana..."

Sus características eran: sobre fondo blanco y alineadas en el centro tres cruces mayas de color violado (simbolizando las tres carabelas del Almirante), y en la del centro (capitana), emerge el sol naciente incaico. Estos símbolos del encuentro de dos mundos tenían como lema: Justicia, Paz, Unión, Fraternidad. El 12 de octubre, Juana (amiga personal de Cambor), es madrina de la Bandera durante la VII Conferencia Internacional Americana. Con ese motivo pronunció estas palabras:

"Señores: por primera vez se iza en nuestro continente, al ritmo vibrante del himno de América, una bandera que jamás ha de flamear en una batalla, sean cuales fueren las convulsiones del mundo, porque ya tiene marcado un inflexible destino de amor. Homenaje al gran visionario que descubrió estas tierras, símbolo a la vez de fraternidad y de gloria, me enorgullece que sea mi patria la que haya hecho realidad en momentos en que una contagiosa locura

guerrera corre por el mundo. Gesto lírico éste de levantar la enseña blanca entre las torvas enseñas rojas, hermoso gesto, parecido al que impulsó hace pocos días a la Asociación Femenina de Estudiantes a reunir en un meeting pro paz, que fue ejemplo de idealismo y cultura, a un importante y selecto grupo de mujeres uruguayas.

Correspondía a nuestro país, demócrata y pacifista por excelencia, el privilegio de estas iniciativas que si no tienen el poder de acallar cañones, revelan el espíritu anti bélico de un pueblo que se vanagloria de laborar para la paz y de no abrir trincheras que impidan el avance del progreso y de las amistades internacionales.

Honor máximo es para mí el madrinazgo del pabellón que tiene tal significado de serenidad y de elevada promesa. Ha sido todo un acierto del iniciador de esta magnífica fiesta, el capitán Cambior, interesar a los niños de todo el continente en un acto que los compromete para una acción de perfecta unidad americana en el porvenir. Los futuros políticos, los futuros hombres de estado, las mujeres del mañana, ya ciudadanas, no han de olvidar que rodeando hoy esta enseña quedan tácitamente obligados a mantenerla tan alta que debajo de ella parezcan mínimas todas las banderas que hagan desplegar el odio y la ambición punible.

¡Looado sea el pabellón de la Raza, el lírico pabellón de un naciente sol de sagrada esperanza sobre un albo campo de paz!

1934 Octubre. Loores de Nuestra Señora. En el prólogo la autora dice:

"Devoción de mi casa, límpido fervor familiar, ha sido siempre entre nosotros la Santísima Virgen del Perpetuo Socorro. Una imagen suya, humilde y un poco descolorida, preside nuestra vida hogareña desde la pared principal del dormitorio materno, hace ya tantos años que yo no sé contarlos. Me crié en la amada costumbre de su oración diaria y sus ofrendas florales como a una madrina reverenciada y poderosa, a la que yo acudía de continuo con mi cuita infantil y mi ensueño adolescente. Ella, la madre celeste, y la otra, la humana, se me confundían en temura extrañable y en poderío amoroso. Mi corazón ha sido siempre para las dos, claro y fiel como un espejo, dócil, creyente y seguro. Mi mayor preocupación cuando llegué por primera vez a Montevideo, la constituyó el afán de llevar enseguida a mi hijo, en peregrinación, tierra hasta su hermosa iglesia de Arroyo Seco. Y el primer ejemplar de cada uno de mis libros, dignos o no de sus ojos resplandecientes, ha sido cándida y fervorosamente depositado allí, al pie de su altar. Pero ese culto ingenuo y fresco, poco a poco se ha transformado en una devoción conciente y profunda, en una dolorosa ansia de fe pensativa. La vida —la vida maravillosa de bondad y sufrimiento, de confianza y desengaño, de mano cordial y boca enemiga— ha ido convirtiendo esa fe juvenil en una honda y ardiente necesidad del espíritu, en una iluminada depuración interior, para ser digna de alzar hacia ella la mirada, en súplica ansiosa por los que quiero. Tras mis dulces versos de borrasca —¡oh exaltado corazón de veinte años!— vienen ahora estos pequeños poemas tan sencillos y tan puros como las claras rosas de mis plegarias de niña y los fragantísimos jazmines que abrían en el pequeño y ubérrimo jardín de mi patio pueblerino. Lo que lecturas sin control y decepciones ácidas pudieron haber transformado en negadora filosofía nacida como una planta espinosa en el corazón labrado a golpes; lo que pudo ser extraviada rebeldía en esa embriaguez de vivir que se me hizo desolado conocimiento humano, tomose ¡gracia altísima! en fervor conciente y probado, en búsqueda profunda, deslumbrado encuentro e inmovible afirmación. Siempre, cuando se recibe un don muy grande se siente instintivamente la necesidad de dar también algo nuestro al benefactor, no como un precio, sino como un tributo sentimental rebotante de agradecimiento. Los antiguos guerreros victoriosos, llevaban diezmos y sacrificios a la divinidad; el mendigo, desposeído de todo, da un beso en la mano que lo favorece y bendice con palabras trémulas al que ha compadecido su miseria. Yo no tengo aparte de mí fe viva y quemante, nada más que estas páginas fervorosas para ofrecérselas a la dulcísima y divina amparadora que me ha concedido la serenidad y la indulgencia, la nueva sonrisa y la nueva esperanza.

Las dejo ante sus pies de nardo, traspasada de gratitud".

J. de I.

Diciembre. Estampas de la Biblia.

Del gran libro profético iluminado de revelaciones que se han ido cumpliendo en los siglos, han surgido animadas por sus propios héroes estas estampas en que se definen a sí mismos muchos de los extraordinarios hombres y mujeres del Viejo Testamento, con el acento veraz que una noche inolvidable tomaron para hablarme en un sueño. Más que obra mía, que no he hecho sino copiar lo que dijeron las voces inspiradas, es labor misteriosa de no sé qué voluntad super-humana. Ojalá que en la vigilia subsiguiente, deslumbrada de asombro, yo no hubiera equivocado —por una posible confusión de la memoria— ningún concepto, ninguna palabra, ningún color. La Biblia es siempre para mí el enorme poema histórico y divino, en el que todas las noches necesito leer un rato antes de dormirme, para que se me enriquezca de belleza y poesía mi mundo de fantasmas. Esotérico, primitivo, maravilloso, sólo una vez se me entregó en la claridad sorprendida de un desfile de figuras corporizada y vividas. Fue un prodigio. Este pequeño libro mío, pues, pertenece al milagro.

J. de I.

Gustavo Gallinal la prologa:

"Juana de Ibarbouro ha iluminado las estampas bíblicas que componen este pequeño libro primoroso. Armoniosa teoría de imágenes que despliegan el vuelo desde las entreabiertas páginas del Viejo Testamento. Tales comparecieron en una noche de meditaciones esenciales y de líricos fervores ante la deslumbrada fantasía del poeta: vestidas de pastoriles galas o bélicos arreos; destellando en la frente la estrella de los visionarios o esgrimiendo en el brazo hercúleo

el arco primitivo del cazador; pulsando el salterio o haciendo sollozar la flauta rústica: tímidas como gacelas o imperiosas como oráculos del tonante verbo de Jehová; crispadas de cólera o encendidas de amor que resplandeca en los siglos... Así desfila la sagrada ronda: mujeres vengadoras de espada flamígera; sacerdotisas que entonan cánticos de victoria; vírgenes que se inclinan en silencio al pie del tabernáculo; patriarcas que se yerguen como grandes cedros que anudan sus raíces en las rocas del Líbano; madres de estirpes seculares; caudillos de pueblos; profetas que hendieron las nieblas del porvenir; poetas cuyos salmos arden sin consumirse en todos los santuarios de la tierra... Desde la hondura de los milenios bíblicos llegan hasta nosotros estas evocaciones inmarcesibles de la poesía suntuosa y magnífica de los libros santos. Dieron que cantar a los poetas y que pensar a los meditadores desde la infancia del mundo. Atraviesan las edades y las civilizaciones sin agotar sus virtudes. Sus dones se llaman: verdad; sabiduría; hermosura. Cada vez que un espíritu sediento del agua viva de las fuentes eternas busca su compañía vuelve enriquecido, fortalecido, templado para el canto, la acción heroica o la silenciosa oblación sin premio ni palabras. Cuando hayamos pasado también nosotros seguirán dando luz y calor a las generaciones remotas.

Con egregio tacto pone mano Juana de Ibarbourou en esta materia sagrada. Al través de su libro corre una vena de inspiración sosegada y limpia que a ratos se empenacha con surtidores de empujadas curvas. Es su autora la misma que ayer no más decía los versos más juveniles y fragantes de nuestras letras. Nunca más delicada sensibilidad de mujer se expresó en idioma castellano. Parecía moverse en un círculo encantado. Las cosas familiares se sacudían la prosa cotidiana revistiendo la túnica de lino de una candorosa frescura matinal. Toda la naturaleza se estremecía bajo su mano cordial: la hermana agua; la araña tejedora; los corpulentos pinos fraternos; los campos donde rezan los grillos la oración de la tarde. Ensalzaba los mediodías de fuego y las salvajes lamparadas de los rojos crepúsculos. Sentía en carne propia la hermandad del amor y de la muerte. Entonces se velaba de tristeza el esplendor de su poesía juvenil. Tentaba prender su vida, desesperadamente, como un garfio, de las cosas que pasan. En medio de aquel radioso despliegue la asaltaba la certidumbre de la vanidad del deseo que se disipa en el aire y de la belleza que se deshace en cenizas. La mordía en la carne humana el dolor de morir. Era en aquellos instantes cuando sus versos parecían más hermosos, nublados de voluptuosa tristeza. ¡Exprimamos los labios jugosos de la hora fugitiva y danzante, que mañana los tendrá pálidos y secos! Sonaba, apremiante, con nuevo y seductor acento, el carpe diem-horaciano. Pero aún parecía ausente del espíritu de la poetisa el deseo de lo ultraterreno.

Ahora, después de larga, intensa meditación, Juana de Ibarbourou nos hace oír su voz, renovada y clara, de auténtico timbre. Cargada de sentido religioso se ha enriquecido su vida espiritual. Su poesía, siempre grácil y amable, se ajusta al ritmo de las cosas eternas. Nace así este libro de quietadoras evocaciones bíblicas, esmaltado de exquisitas reminiscencias, concebido en paz y en sosiego interior. Oigamos, pues, cómo nos traduce en su fina prosa la música del viento que afila las aristas de los más altos torreones. Gustemos en su breve y transparente vaso la frescura del agua clarificada en las más profundas cisternas".

1935 18 de enero. Homenaje en el Paraninfo de la Universidad de la República a la ciudad de Lima. El estrado se integró con Luis Fernán Cisneros, Ministro del Perú; Juana de Ibarbourou; Don Alberto Dagnino, Intendente Municipal de Montevideo; José de Neft, Ministro de Bélgica; Rodríguez Embil, Representante de Cuba; Esther de Cáceres; Julio J. Casal y Arquitecto Eugenio Baroffio. En la oportunidad Juana leyó el poema "Evocación de Lima" (recogido en **Dualismo**).

Condecoración Medalla de Oro, Francisco Pizarro del Perú.

San Francisco de Asís.

1936 En Melo, ciudad a la que regresa después de veinte años, recibe el homenaje de su pueblo y autoridades.

Orden de Quetzal, República de Guatemala

18 de setiembre. Llegan a Montevideo, procedentes de Buenos Aires, donde se realizó el XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubes distinguidos intelectuales. La Comisión del P.E.N. Club Uruguay, presidida por Carlos Reyles y actuando como vice presidente Juana de Ibarbourou, ofreció un almuerzo en el restaurante "Del Retiro" (Parque Rodó). La poeta tuvo a su cargo el discurso de bienvenida.

El autor de "El Embrujo de Sevilla", D. Carlos Reyles, me contaba hace pocos días, por teléfono, una curiosa anécdota del conde de Kayserling.

A su paso por Montevideo se le dio un banquete de homenaje y uno de nuestros más importantes hombres de ciencia, escritor a la vez, se encargó de ofrecérselo en un discurso para el que tuvo quizás, todas las atenciones del artista con la obra de arte que ha de hacerlo lucir. El discurso y el banquete son en el hombre, dos propensiones naturales, dos instintos que la psicología aún no ha querido estudiar. Desde el salvaje hasta el supercivilizado, todos los hombres subrayan su dolor y su dicha con la ampulosidad de la oratoria y la succulencia de las viandas. Pero, por raza, y aún por clima, en los sudamericanos ese instinto tiene el agudizamiento y el fatalismo de las malarías del trópico.

*Mi compatriota debió de olvidarse que se dirigía a un germano que no gusta prolongar la expectativa del *cousommé* y que a la oratoria le concede el tiempo justo que debe dársele a la satisfacción de un instinto. Muy largo debía de ir ya el discurso y en el rostro de Kayserling los claros ojos, bajo las cejas de tormenta, denunciaban el nacimiento del rayo. Y éste estalló de pronto. Dando con la mano, sobre la mesa, un leve golpe contraloreado por el buen hábito social, el ilustre antipático, adelantando su mentón teutónico decorado por la pera flamenca, interrumpió con energía:*

—Basta, señor. He venido aquí para que me escuchen, no para escuchar.

Este suceso me parece una lección muy saludable. Yo desearía poder prescindir de estas pequeñas palabras obligatorias y pedir en cambio, a todos los escritores presentes, que nos dejaran escuchar la voz de su país a través de su corazón y su cerebro. La siembra sería magnífica, y nosotros recolectores millonarios. Esta hora decisiva que vive el mundo está derribando las torres de marfil y los eternos espectadores, a su vez, van a ser actores en el drama de esta civilización que nos devora.

Hasta hoy, siempre militares y políticos han manejado los asuntos universales sin que muy rara vez el hombre de letras, —el hombre de letras neto— haya tomado parte activa en ellos. Cuando más, se le ha concedido el calmo y brillante escenario de las legaciones y las embajadas, pero ya sabemos bien que es lejos de sus bambalinas que se consuman las tragedias, mientras que el público es entretenido con la fina comedia o el grotesco vaudeville. A escritores y poetas se les ha asignado siempre el valor que tenía el coro en las piezas de teatro griegas. Pero, en el interminable fluir del tiempo, nacen simultáneamente y van madurando frente a frente los acontecimientos, y las fuerzas que han de dominarlos. Ya nadie —ni con candor de niños— podría creer en la Liga de las Naciones y en todas esas comisiones internacionales, de buena voluntad desesperada e inútil, que pugnan por encontrar para el mundo enfermo de histeria guerrera, el remedio heroico de la fraternidad humana. En medio de esta lucha de clases que hace arder a la tierra, llega una fuerza nueva, una fuerza nunca probada, a ensayarse en favor del destino del hombre. Es la de aquellos que siempre fueron los comentaristas; no los forjadores de los hechos. Se dice que el hombre de letras no debe enturbiar su pensamiento mezclándose en política y que por el contrario ha de nacer de sus ideas y de su espíritu la antorcha que derrote las sombras caóticas, la energía sedante que encaime el turbión. Perfectamente. Pero para eso hay que mezclarse con la tempestad, pues ha llegado la época —España nos da un ejemplo de ello— en que los contempladores están también entre las víctimas sin que su pasivo sacrificio sirva siquiera para desviar una bayoneta del pecho de un hermano.

Falange de interventores armados de concordia, y razón, eso sí. Falange de mediadores y pacificadores, eficaz hasta donde se pueda. Ya se abrirán caminos y horizontes insospechados. Pero no ajenos al mundo, no auscultando la verdad como desde un punto de vista estelar, sino cerca de ella, en plena realidad urgente. La obra de arte, obra de beneficio social no sólo por su belleza y su ensueño, dones de Dios necesarios a la vida, sino también por su intención de bondad, posibilidad del hombre. Esta red de P.E.N. Clubs creciendo a través del mundo revelándose unida y extensa en ese magnífico Congreso de Buenos Aires, es una manifestación de poder equivalente a la de cualquier revista militar y naval de las grandes potencias. Poderío noble para el generoso servicio de una humanidad en la que todas las fuerzas probadas hasta ahora han fracasado por estar al servicio hipócrita, brutal y secreto del más desilusionante materialismo. El espiritualismo, que será la lógica reacción de esta aguda neurosis que rompe los nervios del mundo, vendrá principalmente por los únicos que pueden traerle las viejas cuentas: los hombres de pensamiento, los artistas y los poetas apeados de la teoría y curados de la anemia de los pequeños círculos y que, bien poseídos de la misión que han de desempeñar, serán, pese a Platón, las fuerzas de contralor en las repúblicas del porvenir.

Señores: yo les juro que si Kayserling estuviera presente, estos cinco minutos que he ocupado la atención de Uds. hubieran sido apenas cinco segundos para decirles que están Uds. en su casa, que nuestro P.E.N. Club recién nacido inicia su vida con un suceso promisor y feliz: esta visita colectiva que es todo un acontecimiento inolvidable. ¡Bienvenidos, amigos de todo el mundo, compañeros de toda la tierra, tan pequeña para el odio, tan grande para la amistad, la esperanza y la fe!

1937 El gobierno boliviano le otorga la Orden del Cóndor de los Andes.

1938 Enero. Siendo Ministro de Instrucción Pública, Eduardo Víctor Haedo y con su patrocinio se realizó en el Instituto Vásquez Acevedo, el primer Curso de Vacaciones, organizado por el Director General de Enseñanza Secundaria, Prof. Eduardo Salterain y Herrera.

Entre otros invitados, participaron Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou, quien leyó un discurso en el acto de inauguración, que intituló **Casi Pantuflas**.

El pobre lego de aquel cuento de Franca que se llamó "El Titiritero de Nuestra Señora", me ha dado un ejemplo de conformidad que mucho me sirve en la vida. De él quiero aprender, entre otras mínimas cosas inefables, a no tener el orgullo de dar, sino, solamente, la beatitud de dar.

Confortada con tal ejemplo egregio, precioso y humilde, hoy dedico el sacrificio de leer en público unas páginas,

sin importancia —y digo sacrificio porque me cuesta mucho hacer lo que no sé, y que, por añadidura, me va mal— a mi amigo de años el ilustre profesor peruano, Dr. Manuel Beltroy, que honra nuestra casa y por el que yo tengo una respetuosa y profunda admiración, que el público de Montevideo ya sabe que está muy fundada; al Dr. Héctor Cuenca, huésped de mi país, y que, de hecho y derecho, dondequiera que esté, es siempre brillantísimo embajador de la alta intelectualidad venezolana, y a Gabriela, la grande, presente en los dos ofrecimientos anteriores, aún sin haberla nombrado, porque ella es América entera, porque nos sentimos conmovidos de ser sus compatriotas, porque ella realiza la unidad del Continente por el milagro de su corazón y de su genio, y en la cortesía a cada uno, sea del Norte o del Sur, del país del petróleo o del verde llano jugoso, está siempre incluida la cortesía para ella, como si fuera la diosa tutelar de esta tierra, que ama con toda su sangre indio-española, en la que estuviese encerrado el espíritu profético y expectante de la Casandra legendaria.

Un azar de última hora nos da, junto a la figura próspera de Gabriela, la presencia de Alfonsina Storni, que tanto brillo le ha agregado a la poesía argentina con su verso dúctil y amargo, con la valentía de su sonrisa lírica. Aquí están las dos, para hacemos la confianza de la misteriosa maternidad del verso.

Montevideo está viviendo un mes de enero inolvidable, porque toda América ha venido a florecer en él, su juventud granada y sus hombres ilustres, en un ático torneo que agregará fama a esta ciudad, que ha hecho de las fiestas del espíritu casi sus fiestas nacionales.

Las páginas que voy a leer —elección de mi noble amigo Eduardo de Salterain— tienen un nombre que recuerda el de un libro cruel e innecesario que todos conocemos. No he encontrado otro que mejor signifique lo que son ellas, y, aunque no es simpático, con él han de quedarse para siempre, como los que cargamos en la vida con la malaventura de un nombre feo, que también ha sido elegido por una íntima razón insustituible.

Hablar de uno mismo, de su propia técnica, del proceso creador de sus obras, es cosa peregrina, difícil, casi imposible para quien no sigue un plan en su labor artística, ni realiza una obra filosófica, social, científica o trascendente, que se lo exija. La obra de arte, plástica o musical, se enriquece y perfecciona con un estudio continuado y metódico. El artista que desdeñe el duro aprendizaje de los maestros, y que se evada de su escolástica, está perdido. Lo que trajo a la vida como don esencial, muchas veces genial y hasta divino, se le pierde en el desconocimiento de los medios para expresarlo. Únicamente el poeta puede jactarse de estar libre para realizar su obra, que a veces adquiere el tono y el contorno dramático de una misión, cuando toma el acento de su época, y con él da el grito, o dice la verdad, o eleva el llamado, o realiza la profecía para los cuales la divinidad le otorgó la potencia lírica.

La voz del poeta ha de ser espontánea; insensiblemente, en él se van acendrando los conocimientos, y creciendo el acervo cultural. Pero hombre que se ponga a estudiar la retórica y a aprender ritmos y medidas para luego hacer versos, podrá llegar a ser un menhir, un monolito, una infusión de adormideras, pero nunca un poeta. Además, el verdadero poeta —el mimetismo artístico es la forma más frecuente y más completa del engaño humano— siente dentro de sí una especie de mediumnidad que le hace confiado y humilde. Humilde, porque sabe bien que se le ha elegido para esa voz, como se elige un órgano para los cantos sacros. El, en sí mismo, en simple cifra humana, no es más que un instrumento. Lo que se respeta en ese hombre victorioso es la elección de lo alto. Y tanto se respeta, tanto los demás hombres se inclinan ante el privilegio de haber sido de este modo preferido por el Gran Otorgador, que se le disculpan al pobre ser humano lleno de flaquezas todos sus errores y caídas, sólo porque en el vaso endeble se transparenta la chispa inmortal que Dios encendió dentro de su arcilla perecedera. Y se llame Wilde, o Verlaine, o Darío, o Baudelaire, o Rimbaud, o D'Annunzio, y sea un vagabundo, un vicioso, un bebedor, o un ególatra, lo mismo es para la Humanidad reverente, y lo mismo, sobre todas las brumas, triunfa su llama. Hubiera sido curioso preguntarle a Verlaine, que sobre las mesas de los cafés y entre ajeno y ajeno escribía sus poemas, cómo realizaba su obra. El pobre ser, tartamudo de alcohol, con los ojos turbios y el entendimiento turbado, se hubiera encogido de hombros, más elocuente en su respuesta muda que en la pretensión de explicarse con cien palabras hipantes y tartajosas. Rimbaud, el genial adolescente trotamundos, escribió sus maravillosos poemas acurrucado al borde de los lejanos y misteriosos caminos de Asia y Oceanía, sobre la tapa de su cajón de vendedor ambulante. Una simple madera sin cepillar separaba dos mundos: arriba, la fastuosidad de sus versos que le darían la gloria; debajo, entre el pequeño cajón de negruzcas paredes, la falsa riqueza de los abalorios y la fealdad de su mercancía barata. Pero instintivamente la gente cree que el poeta, como el hierofante, siempre ha de estar revestido de sus ropajes de ceremonia, y que no es posible que el privilegio de la creación inmortal no se halle rodeado de pompa. Se burla de D'Annunzio, histrión; se sonríe de las vestiduras flotantes, los rojos velos y las lámparas veladas de madame de Noailles, y, sin embargo, le cuesta aceptar que el poeta —su poeta, sobre todo— sea sólo ese hombre más o menos elegante, más o menos pulcro, con quien se ha cruzado por la calle, y que, como todos, le ha devuelto normalmente su saludo.

A mí misma se me pregunta con frecuencia:

—¿Cuándo hace usted sus versos? ¿A qué hora? ¿Cómo?

En muchas pupilas he visto una ansiedad tan grande de recibir una confianza excepcional, que ganas me han dado, más de una vez, de ponerme a fraguar una suntuosa autonovela. Pero en esta época de realidad impositiva y rotunda, la creación artística apenas si es dueña del lujo de un poco de soledad para dar vida al poema, y aquella mise en scène de los románticos no cabe en este siglo de la mecánica que concede luz y voz a nuestras cosas sintéticas. Por mi parte, verazmente, yo no puedo decir sobre mí misma sino cosas muy comunes. Eso me entristece un poco. Sería muy lindo autorizar una leyenda y rodearse de una aureola espectacular. Una señora me preguntó una vez, cuando aún usaba mi corona de trenzas:

—¿Se suelta usted el pelo para hacer versos?

—No —le contesté torpemente—. Mi moño no me impide recibir el mensaje de los dioses.

Resentida y decepcionada, me dio vuelta la espalda. Estoy segura que nunca más abrió mis libros.

Otras personas creen que el poeta es una especie de forjador, asistido por Apolo y Vulcano, al que no dejan de preguntarle siempre que con él se encuentran:

—Y... ¿trabaja mucho?

Si se pudiera obtener en ese minuto una fotografía instantánea de su imaginación, se vería tal vez la imagen inconsciente y rarísima de una especie de cíclope jadeante, luchando con las consonantes como con un enjambre de pequeños monstruos. Yo sé que voy a decepcionar a muchos lectores desconocidos en esta inevitable —¡ay, sí, inevitable!— confidencia de hoy. Decirles que no uso vestiduras flotantes, ni luces veladas, ni lámparas de oro, ni divanes cubiertos con pétalos de rosas..., o rizadas violetas, según la estación, es tal vez un desafío que puede costarme caro. Decir que mi torre de marfil es una amable habitación querida, en lo alto de mi casa, con dos grandes ventanas abiertas a la vida, al mar, a un paisaje terrestre lleno de árboles y de viviendas pobres, quizás no sea hábil. Confesar que no tengo una hora determinada para el advenimiento lírico, y que todas me resultan igualmente buenas si mi vida, muy llena de obligaciones, me concede alguna —mejor si es nocturna— en el correr de las veinticuatro del cuadrante, posible es que defraude a muchos. Pero la verdad tiene una pacífica y cómoda belleza y bajo ella me amparo. La luz solar también es poesía.

No se cómo será en otros la inspiración creadora del poema. Yo voy a decir, simplemente, cómo el verso llega a través mío, desde su zona de milagro hasta mi realidad receptora y comunicante. Siempre las primeras estrofas se me aparecen como una centella, a veces provocadas por una emoción cualquiera, visual o interior, a veces sin ninguna causa contralorable. Dije al principio que la realización poética auténtica no es más que una mediumnidad, convencimiento que abate todo orgullo, ya que es claro que el ser humano no es entonces más que el instrumento de las presencias invisibles. Muchas veces me ha pasado tener en la cabeza, como una obsesión, un verso, escribirlo, e inmediatamente, sin ponerme a pensar ni a buscar nada, continuar la composición como si obedeciese a un dictado misterioso, o como si un ser intangible me guiase la mano. Estos, por regla general, no requieren correcciones ni pulimento. Y casi siempre son los mejores. En el otro caso, tras ese relámpago de las estrofas iniciales, viene luego el trabajo de forja, la lucha con la magnífica riqueza de la palabra, para que ésta entregue justo el brillante que precisamos, para que el engarce toque la perfección, si es posible, para que la sustancia sea tan sutil y tan pura, que debajo suyo se vea como correr nuestra alma, y resplandecer, aunque sea con un esplendor sellado, la luz misteriosa de la vida. Esto es todo lo que yo puedo decir de mi proceso creativo. Puedo agregar, eso sí, que el poema logrado da una embriaguez sin nombre, y un afán comunicativo que suele hacerlo a uno feroz. Falsamente mansos, solemos decir al primero que se nos enfrenta después del prodigioso advenimiento:

—Anoche hice unos versos que quizás no estén mal. ¿Quiere usted que se los lea, o que se los diga?

No importa gran cosa que el que escucha tenga en seguida expresión de víctima propiciatoria. Lo que necesitamos es paladear en voz alta la belleza llegada al mundo a través de nuestra sensibilidad. A veces, en la calle misma, uno se abstrae para irse repitiendo mentalmente, a sí propio, el verso amado, como la madre se regocija y abstrae contemplando al hijo recién nacido. Esto, quizás, es lo que ha dado origen al concepto común del trance inspirado de los poetas, y de su frecuente evasión de la realidad circundante que lo vuelve lejano de la multitud que lo rodea, y suele dar a su rostro una curiosa expresión de ausencia. Tan imperiosa es esa necesidad de saborear la belleza de uno mismo, que cuando no se cuenta con oídos complacientes, con interlocutores bondadosos dispuestos a cubrirnos de adjetivos de alabanza, como antiguamente se cubría de mirtos a los triunfadores, el propio poeta se convierte en su público, y a solas repite su poema hasta cansarse.

Esto, que a lo mejor no es más que un hábito mío —estoy hablando en rigurosa unidad personal— dio origen en mi casa a un incidente burlesco, que en mi familia se recuerda siempre con carcajadas unánimes. Tengo sobre una repisa un pequeño papagayo de Sajonia, que me trajo de Europa una amiga de buen gusto. Cierto día mi madre interrogó a una de las personas de servicio:

—¿Dónde está la señora?

E ingenuamente contestó la muchacha, recién llegada del campo:

—Creo que está arriba, enseñándole a hablar al lorito.

Encerrada en mi "Torre Juana", yo me embriagaba repitiendo en voz alta un poema recién hecho. La buena criatura interpretó a su modo el hecho insólito de mi monólogo que trascendía a través de la puerta cerrada.

Otros, quizás, me hubieran atribuido un arrebató de inspiración declamatoria, que hubiese hecho sonreír a algunos y a los demás les hubiese dado base para una de esas leyendas que suelen correr sobre los artistas:

—Con el cabello suelto, envuelta en gasas azules, Fulana de Tal se paseaba bajo la luna, dialogando con las musas.

¡Todos tienen derecho a dejar hablar su imaginación, aún a costa del ridículo de alguien! Porque lo inverosímil es tan necesario a lo exacto cotidiano como la proporción de ácido carbónico que hace respirable el oxígeno puro. Seguramente tiene mucho de verdadero y razonable la sospecha de que Homero no sea un hombre solo, sino toda una raza en muchas centurias. Hasta el ser inculto, que no sabe crearse héroes ni semidioses, imagina, para su necesidad de cosas sobrenaturales, luces malas, duendes y fantasmas. No es raro, pues, que el poeta, elegido por lo misterioso para armonio de sus voces inspiradas, no pueda ser para la masa, para el pueblo, que encuentra en sus versos las emociones de su propia alma y las exaltaciones de su diaria ambición insatisfecha, un ser distinto de todos, una criatura magnificada por su destino lírico.

A veces pienso, con remordimiento y con pena, lo aseguro, en la mujer que me preguntó ingenuamente si me destrenzaba el cabello cuando hacía versos. Si lo hubiera pensado un poco, tendría que haberle contestado que sí.

Además, sólo Dios sabe, después de todo, si estas mínimas confesiones que hoy tengo que hacer en voz alta no son, por la misma causa, una felonía.

1^o de agosto.

"Cancillería de la orden 'El sol del Perú'

Tengo el honor de comunicar a usted que, a propuesta del Canciller de la Orden "El sol del Perú", el Señor Presidente de la República se ha dignado otorgar a usted la medalla de Oficial de dicha Orden, cuyas insignias le serán remitidas próximamente.

Al llevar a su conocimiento este hecho, le ruego acepte mis felicitaciones muy sinceras con motivo de la merecida distinción de que ha sido objeto y las seguridades de mi más alta y distinguida consideración".

1941 Asume la presidencia del P.E.N. Club Uruguay.

1942 13 de enero. Fallece su esposo.

1943 15 de febrero.

"Ministerio de Instrucción Pública
y Previsión Social

Para su conocimiento y demás efectos, tengo el agrado de remitir a Ud. copia del Decreto del Poder Ejecutivo de fecha 10 del mes en curso, por el cual se crea la Academia Nacional de Letras y se le designa para integrarla.

El suscripto abriga la seguridad de que Ud. se dignará aceptar el cometido confiado, prestando así el concurso de su valiosa colaboración a la finalidad perseguida.

Con tal motivo, renuevo a Ud. las seguridades de mi mayor consideración".

Envía carta a la Academia Nacional de Letras expresando su renuncia a integrar la misma. La que es contestada en estos términos:

"Academia Nacional de Letras
Montevideo, 5 de agosto de 1943
Señora Doña Juana de Ibarbourou:

La Academia Nacional de Letras, en su última sesión, fue impuesta de su determinación expresada en la carta que me hizo Ud. el honor de dirigirme, de no formar parte de este instituto.

Teniendo en cuenta los antecedentes relacionados con el propósito que Ud. concreta en su carta, la Academia se ha visto en la precisión de aceptar la renuncia que Ud. hace de la dignidad académica que le fue conferida por el Decreto-ley de fecha 10 de febrero ppdo. que creó esta corporación.

Al comunicar a Ud. esta resolución de la Academia, cúmpleme expresarle cuanto deploro que la decisión suya prive a este cuerpo de la colaboración de tan eminente representante de las letras nacionales como lo es Ud., Señora. Aprovecho la oportunidad para ofrecerle los respetuosos homenajes de mi alta consideración.

Raúl Montero Bustamante
Presidente

Adolfo Berro García
Secretario

1944 Chlco Carlo.

"Cuando queremos mirar nuestra infancia lejana ¿qué luz fantasmagórica nos ilumina la escena? Esa niña de ojos vivos y sueño puro ¿era yo misma? ¿Me he desdoblado de ese capullo, he seguido caminando por la vida desde esa casa y ese jardín? Yo sé que existieron todos los seres que veo moverse en ese tiempo casi inconcebible, de repentinamente presentes, de pretéritos remotísimos, y que Feliciano, mi negra aya, con su querida habla mezcla de portugués y castellano, me donó la oración, la fábula, el canto de cuna y la gracia invaluable del mismo, pan nutriz. Yo sé que Chico Carlo constituyó, sin que yo misma lo supiese hasta ahora, mi primer amor; que Payaso pobre resto de la ruina de un circo ambulante, con el negro rostro cruzado por blanquecinos tatuajes, cuidó de mi padre, su caballo y sus higueras con una paciencia seráfica; yo sé que Tilo me dio su festivo cariño cuando más necesitaba de alegría y ternura y que yo tuve adoración por la pobre bestezuela que sólo para mí era hermosa. Yo sé que fui tierna, feliz, amada, buena, que todo lo que narro en este libro es verdad, y que la vida entonces, era como el paraíso de los elegidos de Dios. ¿Y todo me parece un cuento!". (Preámbulo).

1945 Editado por la Universidad de Harvard, aparece Hispanic Courrents in Hispanic America, de D. Pedro Henriquez Ureña, quien se refiere a Juana en estos términos:

"J. de I. la más joven del grupo (en cita a María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira Agustini) inició su carrera literaria como rebelde feliz —su poesía tenía la juvenil frescura de una vida sin trabas; pero el paso del tiempo le trajo la melancolía de El afilador (v. La rosa de los vientos), el día, con su piedra de afilar y sus doce cuchillas de plata, que le cortan las alas—".

Los sueños de Natacha.

Noviembre. El Estado adquiere los derechos de autor de su obra.

*"Ministerio de Instrucción Pública
y Previsión Social*

31 de diciembre

Ley del 12 de noviembre de 1945

El Poder Ejecutivo afectará \$ 30.000 (treinta mil pesos) con destino a la adquisición de los derechos de autor en favor del estado de la obra de la Señora Juana de Ibarbourou, sobre su producción literaria edita e inédita (hasta la fecha) que a continuación se detalla:

A) Editos: Las lenguas de diamante, El cántaro fresco; Raíz salvaje, La rosa de los vientos, Estampas de la Biblia, Loores de Nuestra Señora, Chico Carib, Ejemplario, Páginas de literatura contemporánea.

B) Inéditos: Puck, Dualismo, y Destino.

Amézaga - Daniel Castellano

1946 10 de enero. Bruxelles.

*"Grand Prix Humanitaire de Belgique
Fondé en 1902*

Dévouement Humanité

*Vu les articles 3-5-20 et 22 des status
Vu les services rendus a la philanthropie
Vu le rapport de la Commission des
récompenses, il a été décerné le*

DIPLOME

de

Croix de Commandeur

a Mme. Juana de Ibarbourou

domicilié a Uruguay

en récompense de son dévouement a la cause du Bien".

23 de julio

"Embaixada do Brasil

Montevideo

Excelentissima Senhora Juana de Ibarbourou,

E-me grato convidar Vossa Excelencia para a recepção que, com minha Esposa, ofereço nesta Embaixada na proxima sexta-feira, 26 do corrente, das 19 ás 21 horas.

O objectivo dessa reuniao é entregar a Vossa Excelencia a Mensagem da Academia Brasileira de Letras e a condecoração que meu Governo, sob minha proposta, lhe concedu no grau de Oficial da Ordem Nacional do Cruzeiro do Sul.

Rogo estender este convite ao seu filho e nóra a receber minhas mais vivas congratulações pelas justa homenagem que lhe presta o Brasil.

Aproveito a oportunidade para com os cumprimentos de minha Esposa renovar-lhe as seguranças da minha respeitosa consideração.

*José Roberto de Macedo-Soares
Embaixador do Brasil em Montevideo*

Recibe Medalla de Oro del Concurso de Remuneraciones Literarias, Ministerio de Instrucción Pública.

1947 7 de noviembre. Ingresa como Miembro de Número de la Academia Nacional de Letras, y pronuncia este discurso:

Señor Ministro, señores Académicos, querido Doctor Delgado, que me acaba de dar, brillante y generosamente el espadarazo de ritual; señores

Acabo de recibir una de las dignidades más puras y más codiciadas de todo país culto, donde los valores del espíritu y la inteligencia mantienen viva la antorcha insigne de la civilización creciente. Honor que es una magnanimidad más de mis compatriotas para mí, y ahora, en especial, de este ilustre cuerpo formado por los hombres más eminentes del Uruguay en todos los grandes, inmortales juegos de las letras, y que está presidido por uno de los seres más nobles y, de más vasta inteligencia con que puede enorgullecerse el país. Me complazco en decirlo en este momento, no por inclinada cortesía, sino con gustosa, erguida justicia.

Quedan así brillantemente señaladas mis bodas de plata con la poesía, por este don, que nunca osé ambicionar para aureola de una obra de juventud, toda ímpetu y sueños, que recién ahora ha ido adquiriendo, en nuevas etapas, esa profundidad que ahondan el dolor y la vida con sus sabios cínceles. Estoy aquí un poco asombrada, un poco aturdida tal vez por esta condición de sensibilidad vibrante, que no ha podido fortalecer ninguna lección de ese gran maestro que es el cotidiano vivir.

Todo, en mi destino, ha ido realizándose como por una magia, a veces maligna, a veces amable, a veces milagro del lado de la luz, a veces sombría proyección de la sombra. En la mañana de hoy me siento como en el centro de un círculo de claridad de sol en el cenit.

En este momento en que la cultura técnica está absorbiendo todas las actividades y todas las ambiciones, para el mayor progreso material del mundo, la cultura exclusivamente intelectual "la cultura desinteresada", para el alma y sus sueños de belleza superior, se va relegando a un segundo plano, caso no nuevo en la historia y cuyas consecuencias han sido siempre el descenso del nivel espiritual y moral de los pueblos, que es el camino de su perdición. Porque la riqueza y la potencia económica sin ideales que las equilibren en la balanza de la armonía universal traen el reinado del materialismo devastador, capaz de arrasar con todas las conquistas científicas y llevar al hombre, en una lucha de competencias suicidas, a su propia destrucción. "La cultura desinteresada", la que mantiene como una antorcha entre el tumulto los hombres que escriben, sueñan y crean, los filósofos, los poetas, los místicos, los artistas, es el aire oxigenado en el subterráneo de los tesoros, es la defensa del espíritu frente al triunfal dominio de las fuerzas exactas. Esparta no entregó a la Humanidad un solo artista, un solo pensador inmortal, nada que haya podido salvarla de caer, después de su duro auge, en la oscuridad y la miseria, en tanto que Atenas sobrevive a todas sus cruentas pruebas históricas, porque, más alto que el estadio tuvo el ágora y sobre el ágora el mito, que es la poesía y el ensueño. Una Academia de Letras significa un reducto de esa cultura desinteresada que ha de salvar la otra para que no perezcan todas. En el aire de América, las alas de Ariel, que pudo rozar la mano gloriosa de Rodó, vibran entre el zumbido de los aviones y el coro acompasado de los motores, bajo los cuales es muy débil ya la voz de los poetas. ¡Ellas nos salvaguarden! ¡Impidan ellas que en el continente del porvenir la idea que dirige el paso ascensional de los hombres y la voz en que se han erguido los salmos eternos tengan menos valor que las manos que construyen y la inteligencia puramente especulativa! América habrá salvado y reivindicado a una Humanidad frenética por sus victorias sin alas.

Se está diciendo con harta frecuencia que no es ésta la hora del canto, como no esté al servicio de alguna causa política o social, para que contribuya a levantar el hervor de las masas y a dirigir las por determinados caminos. Pero esto es circunstancial y, aunque creo en su necesidad y eficacia, reclamo para la poesía su valor universal y eterno, que es algo así como la música de las esferas, sobre el mísero y tremendo desconcierto de los seres, que pueblan tal vez muchos mundos como éste, en que el hombre combate, blasfema, reza y canta. Yo que recibo anualmente centenares de cartas de todos los países de América, sé bien que la hora del verso lírico no pasará nunca, porque todo ser humano que sufre, ama o está viviendo la etapa mágica de la juventud necesita tener sobre la cabeza un ideal tan alto que no lo alcancen sus manos; florescencia del espíritu, humana y universal, que hace que, inevitablemente, así como "las estrellas miran hacia abajo", siempre haya un momento del día o de la noche en que los hombres necesiten dirigir su mirada a lo alto. Y no es el himno de batalla, no es el poema de combate, los que han de acompañarlo en esa tregua recogida, alivio de los nervios tensos, óleo y bálsamo para el alma siempre en lucha con las fieras que crea y desata la condición humana. El romanticismo es inmortal. Gustavo Adolfo Bécquer seguirá viviendo entre el fragor de las discordias, y generación a generación, sus rimas acompañarán el paso de la juventud de habla española. Desde su inmortalidad, los clásicos castellanos, cimienta de nuestra opulenta, magnífica literatura, vigilan su desarrollo, sus caídas y sus victorias y su grandeza. Ellos nos salvarán siempre. No importa el oscurecimiento de una hora, el extravío de un momento, los ismos importados por la inevitable curiosidad de los jóvenes. Es recio el Arcipreste de Hita; dominan, con su pura maestría, Fray Luis, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Garcilaso, Miguel de Cervantes, todas las piedras sillares que sostienen el magno edificio de nuestra lengua. América hace el aporte de las sentencias y palabras que le dan propio color y fuerza expresiva. La Real Academia no desdeña ya esta riqueza con que el continente hijo de España aumenta su caudal. Lo demás, la broza del lunfardo y los bajos modismos regionales, no cuentan. Es el mantillo en el suelo del pinar. El Martín Fierro, de Hernández, realizado en un castellano que ya tiene el debido fuerte tinte de criollismo, es su gran hijo americano. El tronco de la encina secular se bifurca. Pero la misma savia, los mismos jugos circulan por los dos ramajes.

Muy difícil es hablar de la propia obra, cuando se ha hecho sin escolástica y sin ambición. Pueden decirse muchas cosas de un río o de un mar. Pero ¿qué se ha de contar de una fuente sin cauces, en la que el agua murmura nada más que para su creador y para sí misma? Recién ahora, con un caudal de vida de duras pruebas, de pedazos de conocimientos universales, que me han ido llegando por todas las vías de la lectura y la experiencia, es cuando mi poesía abre los ojos hacia sí misma, y empieza a saber por qué se hizo cantos. Ahora yo sé también que es tan mía como mi sangre, y que seguirá siéndolo, como es propio de cada uno su calor de salud y el brillo de los ojos vivos. Entre las brumas del pasado, como dos figuras casi ajenas a mí, veo a aquella niña imaginativa y silenciosa que fui en la

Infancia; a la muchacha sensible, apasionada, de la adolescencia, y veo que ambas ya tenían el fervor del verso. Era español mi padre; y sentado en su sillón de hamaca, bajo el rico dosel del emparrado, solía recitar enfáticamente los cantos de Espronceda y las dulces quejas de su nemorosa Rosalía de Castro. Nunca conocí fiesta mayor. Y ahí está lo que puede llamarse el génesis de mi vocación poética, o, con más propiedad, el comienzo de su ejercicio. Hice versos desde una edad que no sé contar, pero que constituye una cifra mínima. Dios sabe cómo serían y por qué fraterna bondad me los publicaba en su diario El Deber Cívico, de Melo, Cacho Monegal, que un día me regaló un ejemplar de la Retórica y Poética, de Campillo, en el que aprendí de memoria, deslumbradamente, cosas que sólo mucho más tarde pude asimilar y comprender. Después, la vida... la vida con los sueños, el amor, la fe, las decepciones, la esperanza inmortal, fue haciendo esa obra que ahora tiene este premio: una orla de laureles sobre el borde de la fuente. La historia es simple, pero no excluye lo maravilloso, es decir, el prodigio y el milagro. Sobre la sencilla urdimbre se ha ido bordando un tapiz de rica fantasía y de cálida amistad continental. ¿Cómo? Ni yo misma, lo sé. La muchacha de Cerro Largo no pudo soñar jamás que desde su casa pueblerina llegaría hasta el alto sitial de la Academia de Letras de su patria. Se va andando, se va sufriendo, se va cantando. Puedo decir que Dios tuvo para mí la mano mullida de dones, aunque el diablo no haya dejado de soplar su hollín sobre ellos. Pero el Omnipotente resplandece hasta para la hierba más pequeña; y yo confío siempre. He sido fiel a mi vocación desde la adolescencia hasta ahora. Fiel, en esta ajetreada comedia que es la vida, esta comedia de grandes y pequeños episodios sucesivos y distintos, ¡sabiduría divina!, porque sin la renovación constante el ser envejece doblemente y el verso caduca más pronto que la criatura humana. Este patético oficio de poesía es el más dulce y a la vez el más exigente de todos. El verso es un niño que siempre está naciendo y uno no sabe siquiera por qué camino de oscuridad o resplandores ha de echarse a andar. Se le da, como a toda creación, el alma, pero es preciso estar alerta, y no evadirse de la época, no desdeñar ninguna nueva escuela que se imponga por auténticos poderes y tomar de ella, con sutileza y experta elección, los elementos necesarios para que el poema tenga siempre novedad y frescura, junto a su íntimo valor de inspiración, alma e idea.

Porque, desde luego que no se guarda para el goce secreto de su posesión, el destino del poema logrado depende mucho del juicio del público al que se entrega ese hijo de grandes o pequeñas alas, de hermosa corona o pobre túnica. ¡Bien equivocados estarían los que supusiesen que esto quiere decir blandura acomodaticia y concesiones versátiles! No. Es con mi sentido de mujer que comprendo tal vez más dúctilmente el valor de la armonía con la hora que se vive. Amo a los clásicos; amo sus concepciones eternas, las formas por ellos creadas y que hasta ahora nadie ha logrado superar. Dictaron normas inconvencionales, leyes que no se pueden transgredir, sin caer en el desequilibrio. Pero amo también ese elemento nuevo y brillante de la imagen en fastuosa abundancia, que intuyó Góngora; filigrana de oro constelada de gemas, juego de orfebre, divino orvallo sobre la inmutable belleza de la rosa.

Señores: os puedo asegurar que desde mi puesto ilustre seguiré siendo para la poesía la misma servidora, la misma deslumbrada esclava que hasta hoy. No he de sentarme en el sitial académico como el que al fin ha llegado a la meta y ya queda exento de seguir en el doloroso ejercicio de desnudar su alma y entregar sus sueños a una multitud de la que sólo una pequeña minoría es capaz de comprender el holocausto. Mi divisa puede ser ésta: "Soy fiel" y la poesía me tendrá hasta la muerte.

- 1948** 23 de febrero. Habla en el M. de Instrucción Pública en representación de los beneficiarios del Concurso Premio de Remuneraciones Literarias 1946.
Llega a Montevideo Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí. Juana los recibe en su casa. (v. Mis amados recuerdos).
- 1949** 26 de agosto. Fallece su madre.
Al fundarse la Asociación Uruguaya de Escritores (AUDE), le ofrecen la presidencia.
- 1950** En el Centenario de la muerte de Don José Artigas y en su honor escribe **Cantos al Patriarca**. (v. Sup. Dom. "El Día", 17 de junio de 1973; ibidem 12 de abril de 1980).
Octubre. Pronuncia un discurso en homenaje al Presidente de AGADU el poeta Ovidio Fernández Ríos en la sede social de la Institución.
Diciembre. **Perdida**. (v. Autobiografía Lírica).
- 1951** Condecoración del XVIII Consejo Consultivo de México (D.F.) donde se le considera Huésped de Honor Permanente de esa ciudad.
Orden Carlos Manuel de Céspedes, de Cuba.
Abril. En "Asir" N° 21, pág. 52 Liber Falco publica un comentario crítico de Perdida.

Si confrontamos esta obra, de J. Ibarbourou, con las primeras aparecidas entre el 1918 y el 1922, "Perdida" resulta un libro que no nos muestra, que no puede mostrarnos, aquella gracia vívida de asombro, de instinto puro y sensorial

frescura, de sus primeros versos. Otro espíritu menos dúctil impone ahora al poeta una repetida actitud que no siempre se objetiva en los temas, que no los aborda ni se levanta con ellos, sino que los pretexto para expresar un obsesivo sentimiento de pérdida, sentimiento que el propio título del libro anticipa.

Pero si no es cuestionable de ninguna manera, ese espíritu premonitorio que va ordenando a lo largo de la obra una desesperanzada actitud frente al mundo, lo es en cambio su medio expresivo, porque en él la autora olvida frecuentemente a su propia y más conocida poesía.

Sin duda es necesario recordar que ya en "La Rosa de los Vientos" (1930) Juana de Ibarbourou había buscado una innovación de temas y de formas ante el influjo de las nuevas corrientes literarias.

Acaso sea difícil —lo es para nosotros— determinar hasta dónde es posible a un poeta conservar sus medios expresivos cuando ha cambiado radicalmente en él, el fondo nutricional de su poesía.

Aquella espontaneidad que le permitía a Juana recrearse en las cosas; en la fuente, en un recodo del camino, en el agua cristalina de los arroyos; aquella nobilísima gracia que le permitía ser distinta y la misma en cada uno de sus poemas, se ha trocado ahora en sombría nostalgia.

De aquella su apacible conquista ante la fiebre y furia de Caronte, de aquel imposible concebir la destrucción cuando brotaba el mundo entre sus manos, hoy sólo tiene el poeta para la vida, un

"...vestido cerrado en la garganta

.....
¿Qué tranquila piedad para las cosas...

.....
Y qué apacible anar de terciopelo

.....
Hacia la gran muralla misteriosa! (Pax).

Ha pasado tiempo, y el tiempo para un artista puede ser un aliado o un enemigo. "Perdida" documenta la nostalgia de un tiempo que fue aliado y el dramatismo de otro que, agudizando la sensibilidad del poeta, le ha restringido su ángulo visual del mundo, ciñéndolo a la sola experiencia de su desesperanza. Si bien se mira, en sus primeros libros aparece cierto aire de tristeza o, más bien, de fatalismo resignado. Pero, siendo el artista el eco de un mundo que no terminaba en él, sino que en él se prolongaba, esa tristeza adquiriría un modo transitorio; tenía la precariedad de un mundo que se renueva constantemente.

Mas, si es notorio que el ámbito en que se mueve esta poesía es otro muy distinto, no cabe duda que en él logra ejercerse vastamente la madura sabiduría poética de Juana de Ibarbourou. Restringido el campo de sus experiencias en la indagación de una especie de desasosiego, por momentos, doloroso, consigue la autora alcanzar una auténtica profundidad, en poemas como: "Palabras del Frustrado Suicida a la Muerte", "El Grito", "La Mano" y otros varios. Todo ello hace que pese a ese cambio fundamental que anotáramos, reencontramos nuevamente al poeta, en este libro.

F.

En: *Asir, Revista de Literatura*, 21, Abril 1951, Mercedes, Uruguay.

- 1952** 22 de mayo. Otorga testamento en favor de Dora Isella Russell. En el protocolo del escribano Miguel Caporale Pandolfo se consignan los objetos que cede. Firman como testigos Rolina Ipuche Riva, Adolfo Teófilo Achugar y Otto Ricca. En documento separado de la misma fecha firma un convenio con Dora Isella Russell para que ésta atienda en el país y en el extranjero todo lo relativo a la impresión, publicación y ediciones de su obra literaria. Gran premio nacional de Literatura, Ministerio Nacional de Instrucción Pública.

- 1953** 30 de marzo. En Nueva York le confieren el título de "Mujer de las Américas 1953". La Presidente de la Comisión del Día de la Mujer de las Américas, Sra. Luisa Frías de Hempel, anunció el nombre de Juana de Ibarbourou. Viajó a los Estados Unidos.

Compilados por Dora Isella Russell, quien tuvo también a su cargo las anotaciones y noticia biográfica, en la Colección Obras Completas de Aguilar, se publican los siguientes libros: **Las lenguas de diamante, Raíz salvaje, La rosa de los vientos, Perdida, Dualismo** (poemas de distintas épocas), **Azor, Mensajes del escriba, El cántaro fresco, Otras páginas, Loores de Nuestra Señora, Estampas de la Biblia, Chico Carlo, Los sueños de Natacha, Puck, Destino, Páginas varias** (discursos). Para fijar con precisión el concepto de Obras Completas de Juana de Ibarbourou

(teniendo en cuenta la cantidad de manuscritos inéditos que dejó), reproducimos un documento suyo fechado en Montevideo en agosto de 1952:

Consultada por la Editorial Aguilar he pedido a mi amiga Dora Isella Russell que se ocupe de la recopilación y ordenación de este volumen de mis obras, así como de las necesarias notas aclaratorias que van al pie de algunos poemas.

Revisado por mí todo, doy mi autorización plena a esta labor realizada con tanto cariño y competencia, y mi agradecimiento profundo a quien, más que yo misma, cuida el destino de mis versos.

En el prólogo, Ventura García Calderón en una de sus partes dice:

... "Parecida en fervor, y, por eso mismo, mal expresada con palabras, fue la sorpresa de los poetas de América cuando nos llegaron del Uruguay los primeros poemas de Juana de Ibarbourou. No podíamos creer en ese milagro de simplicidad. En nuestras tierras todavía coloniales, que mantienen, por lo menos, los pudores agresivos de antaño, parecía imposible esa franqueza limpia, ese ingenio inventario de Narciso que fue admirando en las fuentes las sorpresas de su pubertad. Aleluya pagana de linda moza que repite su asombro como en todas las letanías: "Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena". "Elástica y alegre". "Esbelta y morena como un lirio vivo". "En los ojos tengo partida una estrella". "Huelo a hierba clara". "Y soy toda suave bajo el manto esquivo".

¿Quién ha hablado así en América sino Whitman, y en Francia sino la condesa de Noailles?"...

En el Club Católico pronuncia una Conferencia sobre "San Francisco de Asís".

Azor - Mensajes del Escriba.

"A pesar de que Mensajes del Escriba es un nombre que no me gusta, que no me suena bien, éste será, irremediablemente, el título de la colección de poemas que la Editorial Aguilar ha de incluir en mis Obras Completas, como último jalón de mi labor poética hasta el presente. Por razones íntimas, en general sentimentales, suele ponerse a un niño un nombre realmente feo, y con él carga la criatura toda su vida, renegando siempre de la hora en que sus padres tuvieron la debilidad de ceder al amor, al recuerdo o a la tradición para denominarlo de ese modo. Razones íntimas. Pues con Mensajes del Escriba me ocurre algo semejante. Estos poemas se han hecho solos, pasando a través mío como si mi espíritu y mi cerebro formasen un ajustado aparato receptor, por el cual lo invisible ha transmitido ese mensaje de poesía. El conocido modo mediúmnico: el lápiz corriendo sobre el papel, apenas sostenido por la mano floja, fue experimentado múltiplemente. En la convalecencia y renacimiento de los últimos meses del cruel año 1952, esta colección de poemas fue surgiendo de un modo vertiginoso en una vigilia que parecía sueño, y a veces, en medio de un sueño lúcido como el desvelo de mayor claridad.

Es justo que dé "al César lo que es del César". ¿Qué ser me eligió para hacer oír su voz y para transmitir sus emociones? ¿Qué potencia misteriosa y poderosa habla con mi nombre a través de esos versos? ¿Qué alma del más allá guió mi mano sobre el papel? Yo soy sólo el escriba, el que ha copiado, el que ha recibido la orden de cursar el mensaje".

J. de I.

Montevideo, 1953

Condecoración Eloy Alfaro del Gobierno del Ecuador.

1954 10 de mayo. Llave simbólica de la ciudad de Melo.

Premio Bellas Artes del Instituto de Cultura Hispánica.

12 de noviembre. Apertura de la Conferencia General de UNESCO, octava reunión en el Palacio Legislativo de Montevideo bajo la presidencia del jefe de la Delegación de la India.

Por moción de la delegación colombiana presidida por Don Rafael Barnal Jiménez se rinde homenaje al Uruguay en la persona de Juana de Ibarbourou.

10 de diciembre. Clausura de la Conferencia y Discurso de la poeta.

"Señor Presidente de la VIII Asamblea General de UNESCO, señor Director General, señores Delegados de todas las naciones presentes en esta magna Asamblea, por la ilustre persona de cada uno de sus representantes, señor Ministro de Colombia, Dr. Jaramillo Arango; doctor Julio Barrenechea, mis caballeros colombianos; señores:

Por segunda vez en mi vida llego al palacio de las leyes de mi patria a recibir un honor Inmerecido, pero que me traspasa de emoción, de gratitud, de sentimiento, de prodigio. Por segunda vez recorro este solemne y memorable Salón de los Pasos Perdidos, como alucinada y caminando a través de un sueño. Me rodea el mundo. Una pequeña mujer que hace versos está hoy en el centro de un numeroso núcleo de hombres y mujeres que significan una magnífica selección de la Cultura Universal. Y nada más que por que hace versos. La revancha de la rosa sobre el mennir de oro.

Acaso colérica o dubitativa, la sombra augusta de Platón nos dé ahora la espalda. Pero eso no ha de turbar mi sueño ni esta felicidad de hoy. Más que por mi misma, recibo este honor para mi país, porque seguro es que ha sido elegida, para que él fuese honrado de una de las mujeres uruguayas que más sueña y anhela la confraternidad de todos los países del mundo. Y lo recibo también en nombre de mis compañeros de letras, los escritores que forman nuestra máxima asociación gremial con el nombre de AUDE, entre los cuales hay muchos con mayores méritos que los míos, para este deslumbrador privilegio.

Nacida del seno político de Naciones Unidas, esta poderosa Organización de UNESCO ha tenido hasta hoy, esencialmente un espléndido destino de extensión de cultura y paz sin fronteras. Ojalá lo defienda y guarde siempre.

Desde la España mater de Unamuno, que nos ha enviado un valioso contingente de jóvenes hombres de pensamiento; y la Inglaterra de Bernard Shaw, y la Francia de Jean Cocteau, y Paul Valery; y la Suecia de Par Lagerkist; y la Rusia, de Pushkin; y la Alemania de Hermann Hesse; y el Portugal de Antelo de Quental y Eça de Queiroz; y la Italia eterna en su segundo Renacimiento, con la estampa luminosa de Giuseppe Ungaretti; hasta los jóvenes países del continente americano; los Estados Unidos del Norte entre cuyos héroes, libertadores y constructores resplandece la maciza figura de un poeta: Walt Whitman; y el México de Amado Nervo y Alfonso Reyes; y mi Cuba, amparada por la sombra sin manchas del apóstol Martí; y los preciosos centroamericanos y de las Antillas sobre los que se extiende el resplandor estelar de Darío; y Panamá con su columna vertebral del Istmo y la Colombia de mis Nieto Caballero, grandes señores, grandes artistas y grandes patriotas; y la Venezuela de El Libertador, presente en mi corazón; y el recio Ecuador de Montalvo; y el Perú de don Ricardo Palma, nuestro abuelo continental; y la Bolivia de Alcides Arguedas, eminencia andina; y el Chile fáustico y dramático de Gabriela Mistral; el brujo Brasil deslumbrador de Euclydes de Cunha y Olavo Bilca y la gran Argentina de Sarmiento; el santo y rugiente sanjuanino; y el dulce Paraguay, nuestro "hermano de leche" y todas las demás naciones del mundo no enumeradas en este momento, por consideración al único tirano que soportamos en esta tierra de auténtica libertad, democracia y poesía: el tiempo, todas están hoy aquí presentes en la síntesis brillante de sus hombres de pensamiento creador y conciencia ejecutiva. Han llegado a nuestra República para unir las poderosas fuerzas de la Ciencia, la Educación y el Arte en favor de la Humanidad y para honor de la Humanidad.

Rodeada por tales hombres me siento henchida de límpido orgullo y ventura, inesperada.

Doy gracias a todos y en particular a Ud. Dr. Aragno; y a Julio Barrenechea, voz internacional de poesía victoriosa; y al Dr. Bernal Jiménez, poeta por sobre sus severos libros de leyes, que con sus brillantes compañeros, por una moción unánime y generosa, se allegaron a mi penumbra para levantarse hasta la luz".

1955 Romances del destino.

Ante la muerte de Eloy Blanco le dedica una sentida página.

10 de junio. El Rector de la Universidad de París, y Presidente del Instituto de Altos Estudios de América Latina, Prof. Jean Sarrailh, presenta al Sr. José Antuña, quien dictó una conferencia sobre: "Les nouvelles sources d'inspiration poétique de Juana de Ibarbourou".

1956 29 de febrero. En el Museo Pedagógico (Montevideo) se dictaron los Cursos de Verano patrocinados por el Instituto de Estudios Superiores. Juana pronunció una conferencia que denominó Autobiografía lírica, la que fue publicada por la Revista El libro y el Pueblo, México D.F.: 1957

Dos causas y razones esenciales me han impulsado a asistir hoy a esta simpática reunión de la cultura, rompiendo por una vez con la amada costumbre de mi vida casi monacal: el que la invitación me haya sido formulada por Eduardo de Salterain y Herrera, uno de nuestros más valiosos y brillantes hombres de letras y amigo mío de mi profunda estima, y el hecho de que, aceptándola, yo habría de sentirme, por un fragmento de tiempo mínimo e inconmensurable, rodeada por mi América Latina, sintetizada casi país por país, por grupos juveniles que significan su civilización ya efectiva y creciente, la esperanza de que el gran continente vencerá, con el empuje de su juventud estudiosa, sus graves, dolorosos problemas raciales, y la seguridad de que esa juventud, generación a generación, ha de hacer la América de la cultura y el arte, como los conquistadores hicieron, en especial, la América de la conquista y el oro. Maestros y profesores entre los cuales habrá muchos escritores y poetas, darán el equilibrio del ensueño con la enseñanza primaria y superior del niño al adulto, desde la montaña y el altiplano a la ciudad y la aldea; y se vencerá así la tiniebla del analfabetismo de tan tremendas proporciones aún, dándole a nuestra América una clara conciencia colectiva, una unidad sin otras fronteras que las geográficas naturales, para que en ella tenga más poder el hombre de letras que el hombre de sable, imponiéndose con sus jóvenes fuerzas decisivas en todos los problemas humanos, planteados desde que sus calendarios empezaron a contar los siglos.

Saludo hoy a todos mis compatriotas suramericanos presentes y ausentes, con amor y esperanza. La esperanza es el firme cimientito de la seguridad futura. Seguirán realizándose congresos de educación, de ciencia, de arte; vendrán otras dulces muchachas y otros jóvenes alucinados y creo que andando los años algunos han de llevarme rosas y violetas (violetas como aquellas de mi 10 de agosto de 1929) a la casa de piedra roja donde ahora duermen en paz los míos que ya no están sobre la tierra, y América dominará el mundo como hasta ahora lo domina Europa con su civilización rica y preciosa. Pero nuestra América ha de hacer que ese verbo, DOMINAR, no tenga filo, dolor, peligro,

tortura, muerte por la mano asesina del hombre que tortura y mata al hombre, sino felicidad en un mundo de pacíficos conquistadores de la luz, en el que no serán olvidados ni siquiera los buenos animales de Dios, que ahora anegan con su sangre el polvo del planeta, para que la gran mayoría de la humanidad sanguinaria goce con su sacrificio.

Como cada uno da lo que tiene (la perogrullada de algunos refranes suele ser tan cómica como útil) yo voy a leer a continuación algunas páginas autobiográficas y, desde luego, infidentes a mí misma. Se las entrego a todos los presentes, como el único regalo que puedo hacerles. Pero deseo dedicárselas especialmente a dos personas a quienes yo quiero mucho, subrayando públicamente con sus nombres el pequeño regalo: a Della López Nin, amiga invalorable por su espíritu refinado y su lealtad beatífica, y a Manoelito de Ornellas, que con tanto honor representa donde quiera que va, la vasta cultura de su "brujo Brasil deslumbrador". La elección de estos dos nombres, entre todos, significa pleitesía por el afecto y el conocimiento. Porque, por lo demás, es para todos esta lectura en que entrego una hora de mi vida ceñidamente dedicada a la poesía, como un fiel maestro tintorero o grabador la habría dedicado entresacándola al oficio de toda su existencia.

Siempre, respecto al artista hay una curiosidad general sobre los detalles de sus comienzos. ¿Significan éstos algo en la obra ya realizada? ¿Se trata de una simple curiosidad o de una útil investigación estadística? ¿Estos datos servirán en el porvenir para mejorar esa especie sagrada y absurda, que en la mayor parte de las veces vive a contramano y que realiza la belleza como una misión impuesta por el destino, más que por una autodisciplina de las propias calidades y del misterio de la vocación con que ha nacido? Por mí misma, sé cuánto interesa a la gente, desde la más simple e ingenua, hasta esa que gasta una arruga en el entrecejo, el proceso de los comienzos poéticos.

Las preguntas son casi unánimemente siempre las mismas:

—¿Cuándo empezó usted a hacer versos?

—¿Cómo se reveló en usted el don poético?

—¿Qué sintió, qué hizo, cómo fue recibido por los que lo conocieron, su primer poema?

Se ha logrado que yo misma llegase a interesarme por ese principio confuso, por ese génesis sin historiadores, puesto que, muerta mi madre, que tenía una candorosa adoración por mis versos, nadie podrá ayudarme a reconstruir el balbuceo inicial, a saber cómo fueron los primeros pasos vacilantes, sin alguien que me llevase de la mano, sin el más elemental conocimiento de la poética y casi ni del idioma.

Estoy creyéndome que la iniciación del poeta nato es algo así como la de un payador, vale decir, como la de un juglar o trovero. Se estremecerán los manes de los grandes del verso ante estas definiciones de tanta humildad y sobre las que el poeta culto acumula sonriente desprecio. Recuerdo cómo me sabía de memoria las décimas populares, sin autor conocido, tal como en el Romancero anónimo, de mi revolucionario Cerro Largo natal, y cómo yo procuraba imitarlas sintiendo, por una extraña e indefinida intuición infantil, que a las mías les faltaba algo, que ahora, sé qué era: aquel aliento bélico, aquella pasión partidista que tanto los blancos como los colorados sabían poner en las palabras mágicas. La Virgen, la dulce María de Nazareth, inspiración de todos los grandes poetas clásicos castellanos, fue también mi inspiración primera. Pero poco trascendieron aquellos inocentes pecados de poética, nunca nadie dijo de mí, por ellos, que era un pequeño genio, jamás sentí desde el aire de los agitados abanicos de las comadres y parientas de mi madre, un soplo de gloria. Yo tenía unos catorce años cuando hice mi primer soneto. No supé que era un soneto hasta algún tiempo después, cuando Luis Onetti Lima, de permanente memoria, me lo hizo reproducir en la Atlántida de Constancio Vigil, tal vez recién fundada. La palabra "soneto" tuvo para mí un misterioso prestigio. No atinaba a encontrarla en su develamiento. En mi casa no había diccionario, en torno mío no se diluía en el ambiente ese gas celestial de los términos retóricos que luego en un "Campillo" que Chico Carlo había heredado de mi hermana, la dulce protagonista de *La hermana y el monstruo*, yo gusté y amé embriagadoramente. No podría decir de dónde extraje algunos sustantivos tan castizos como "alquería" y algunos adjetivos tan recónditos como "glauco". ¿Acaso nace con uno, o viene de uno, una secreta adivinación o conocimiento del idioma que ha de ser por divino mandamiento su elemento constructivo? Es sorprendente cómo se va enriqueciendo el vocabulario de una criatura que apenas ha cursado las clases primarias, en un lugar entonces muy alejado de los centros de cultura y que no frecuenta sino las pueblerinas tertulias de su madre, que han de darle un material folklórico y de medio ambiente que luego no ha de utilizar sino como anécdota, mientras que lo que le es propio y vital le llega de un modo absolutamente misterioso y sin fecha determinada, ni circunstancias que le eliminen el misterio, tan replegado dentro de su ser. Tengo que dejar en la nebulosa de mis primeros recuerdos de mi creación poética, todo lo anterior a ese inicial soneto, cuyo título es "El cordero"; habiendo vivido mucho en el campo, los elementos fundamentales de la breve y candorosa composición, no pueden ser más auténticos. En cambio, en el léxico se filtraron palabras realmente culteranas aunque pertenezcan al castellano. Cómo las atrapé para mi enriquecimiento verbal, no sé decirlo, no puedo decirlo. Aparecen ahí, bien puestas, sustituyendo con ventaja armoniosa "alquería" a la clásica chacra rioplatense, más aún uruguaya. Y tanto repetí oralmente mi soneto, que me quedó en la memoria como grabado a fuego. Es lo único mío que puedo decir sin apuntador y hasta creo que sin titubeos. ¡Lo sé, triunfalmente, de memoria!

Sin madre, pequeñito, lastimero,
con humedad de llanto en las pupilas
infantiles y glaucas, un cordero
me dieron de una granja en las esquilas.

Alegre y juguetón como un chicuelo
todo el verano retozó a mi lado
y fue mi compañero con tal celo
que se hizo proverbial en el poblado.

*Después, la vida me llevó muy lejos.
De una aurora otoñal a los reflejos
abandoné por siempre la alquería.*

*Pero el recuerdo de mi blanco amigo,
de aquel tiempo lejano que bendigo
me persigue en los sueños todavía.*

Como soneto, aparte de la humildad tan patentemente juvenil, tiene una realidad absoluta. Es un soneto tal como Boscán lo trajo de Italia, tal como el Marqués de Santillana lo incorporó a nuestra poética en los albores del Renacimiento, tal como luego Cervantes y Lope lo legaron en piezas inmortales a nuestra lengua. Un soneto con todas las de la ley, sin conocer sus leyes. Un soneto, por esa parte de prodigio que en mil cosas pone sus destellos en la vida de los hombres, exactamente para quebrar su cruda vanidad, su pobre vanidad.

—Yo lo sé.

—Yo lo hice.

—Yo lo he creado.

—¿Y Dios? Pues, señores, Dios sonríe entre sus blancas barbas de buen padre, pues quien creó el soneto y el endecasílabo y la lira y la octava real, fue El.

Y El elige, en cada generación de seres petulantes, a los que han de pasar por sus grandes poetas; aun aquellos que posan de satánicos, y los que pretenden competir con la voz de los volcanes, y los disimulados, de vocécitas de grillos y los que a El le cantan, y los que por sí lloran. Instrumentos auténticos, arpas y guitarras del gran Tañedor, que no fallan en su misión porque pese a todos los grandes defectos de la sonora arcilla humana, El da el oficio y el destino y el resplandor.

No sé si a su Divina Majestad le gustará pasar por el verdadero autor de mi soneto casi quinceañero, "El cordero". En todo caso, a la menor demostración adversa, yo lo borraré de mi memoria, con todo su candor y toda su intuición de las formas consagradas.

Así fueron pasando los años de mi niñez y adolescencia, los de los triunfos escolares en las mejores composiciones de la clase y los primeros poemas publicados en el Deber Cívico de Melo, hoy decano de la prensa del interior del país. Debo a su director don Cándido Monegal, esa hospitalidad lírica que colma de orgullo al autor novel y a Casiano, su hijo, el "Cacho" tan querido por todo nuestro pueblo, gran poeta que malogró la bohemia, un apoyo, un aliento, que quizá decidieron mi porvenir. Años radiantes, simples, rápidos, aún sin ambición, ni premoniciones de felicidad y amor. Me casé muy joven y muy joven recibí la dicha del hijo que sigue siendo lo más grande, mejor y único bien mío que tengo sobre la tierra. Mi marido era militar. Años de deambular de una guarnición a otra, de pequeños pueblos a pequeñas ciudades, una de las cuales, Rivera, me ha quedado en el corazón. Paz, cuadernos y cuadernos de versos, y Las lenguas de diamante en potencia, pues casi todos los poemas que formaron luego ese volumen, primigenio estaban en esas hojas de irreparable aire escolar. Y luego, en 1918, Montevideo. Montevideo, que al principio rechacé hasta el punto de que con mi madre día a día llorábamos por nuestro Melo y fue el mayor deseo regresar a él, a nuestra casona llena de parrales y rosas, huerta y jardín mezclados placenteramente. La adaptación fue lenta y dolorosa. Un día vi en el diario La Razón una página literaria que empezaba a aparecer semanalmente, novedad en la prensa metropolitana. Y allá me fui una tarde audazmente con mis cuadernos de versos, y el milagro se hizo rápido y al parecer simple, como todos los milagros. Fue un fogonazo. Una página entera bajo un seudónimo candoroso y ridículo, de perfume francés: "Jeanette de Ibar". La amparó Vicente Salaverry y ahí empezó mi destino literario ascendente, vertiginoso, sin que yo pudiera explicarme nunca, hasta ahora, los triunfales acontecimientos decisivos. ¿He sido feliz? En la juventud tuve esa claridad dulce y rosada de la mañana. Mi dicha ha sido la familia, tan independiente del éxito, cuando me he ido quedando sola con el hijo, cuando por mi linda y cuidada casa fueron pasando los vendavales trágicos que se llevaron a los seres que me daban la pacífica alegría cotidiana, padre, madre adoradísima, el marido que fue tan buen compañero. Desde entonces ya no sé más lo que es la alegría, ni casi la esperanza. Para una mujer, el éxito artístico no es la felicidad íntima, como un diamante fastuoso no puede suplir al sagrado pan doméstico. Doy gracias a Dios por lo que su magnificencia me ha otorgado, pero tal vez, puesto en los platillos de una balanza, a peso con lo que he ido perdiendo, yo no lo hubiese elegido. No es desconfianza ni soberbia, sino sencillo y profundo amor. Quiero mi oficio de poesía, y lo llevo sirviendo apasionadamente, treinta y seis años ya. En 1919 la Editorial Buenos Aires dio mi libro Las lenguas de diamante... Sigo fiel a esa servidumbre del verso y ya puedo juzgar mis primeras producciones con la serenidad con que se miran las cosas y los acontecimientos que van adquiriendo perspectiva y lejanía. Recuerdo que el escritor Manuel Gálvez, mi primer editor y prologuista, comentaba riendo, el empeño con que yo defendía cada signo de puntuación, cada palabra de ese libro que secretamente me parecía perfecto. El ya tenía su renombre de novelista, además de su gran cultura; pero la pequeña muchacha a quien se le hacía el honor de editarle "de buenas a primeras" un libro del que no pagaba siquiera el papel, no permitió que se le cambiase o enmendara la más ínfima palabra. El tiempo me ha dado mesura y humildad y ahora soporto muy bien cualquier crítica si me parece justa y bien intencionada. Para las que no tienen esas dos condiciones, he aprendido también el olvido sin rencores. Jamás he salido a la palestra a defender mi obra. Y no es que no la quiera, libro a libro, como se ama a los hijos, sino que he ido adquiriendo la tolerante y melancólica sabiduría de la vida. Una vida, en la poesía, más joven de lo que yo misma deseara. El tiempo es el gran discriminador, el gran aclarador. A través de él todo ocupa su posición justa y adquiere, sin pasión buena o mala, sus verdaderas líneas. Las lenguas de diamante fueron una llamarada. El éxito llegó fulminante, el halago y la amistad me venían de cerca y de lejos, en una atmósfera de encantamiento. Gracias a Dios no me envanecí nunca. Tengo la buena sangre de mi madre, y ella me formó a su

semejanza, simple y directa como era ella misma. Nunca tuve propensión a embriagarme con la buena suerte, abroquelada por la inmensa y verdadera coraza del amor familiar y la fe religiosa. Sé, que sobre la tierra, nada vale más que eso y que ahí está el paraíso terrenal que se cree perdido. Siguió luego El cántaro tresco hace muchos años agotado, pero tan bien querido por el público, que se sigue pidiendo en las librerías como si se prefiriese ignorar "que ya no hay más". Pertenece ahora, como casi toda mi obra, a nuestro Gobierno. Pero éste se ha olvidado totalmente de esa propiedad. Vino luego Raíz salvaje, que con los dos libros enunciados forman la trilogía inicial. Aún me duraba la saudade del campo y del pueblo, de la vida libre dorada bajo los grandes árboles a orillas de los pequeños ríos.

Aún podía decir:

¡Si estoy harta de esta vida civilizada!

¡Si tengo ansias sin nombre de ser libre y feliz!

¡Si aunque florezca en rosas nadie podrá cambiarme la salvaje raíz!

Y ahí empieza mi incurable melancolía. La adaptación se hizo inevitablemente, pero en lo más oscuro y secreto de las fuerzas de la sangre, la añoranza, ya sin motivo concreto, sigue nublándome el sol interior. Son cosas de la vida. El olor a las naranjas de Cerro Largo, dulces, redondas y doradas, no puede ser abolido por el de las esencias más caras de Lanvin y Marcel Rochas.

Ese período de mi vida que abarca mis tres libros primeros, lo viví con los míos en la villa de la Unión, haciendo a la par versos y flores artificiales, ocasional modus vivendi que me ha dejado un tierno recuerdo de lucha en común con los míos y el orgullo de saber defender victoriosamente mi casa y mi familia en la borrasca. Nunca he dejado de hacer versos, casi diariamente, aunque muchos poemas guardados sólo en la memoria, muy fiel, pero tal vez excesivamente recargada, se me fueron perdiendo, borrándose dentro de los casilleros naturales de los maravillosos depósitos intangibles.

Es mi costumbre la producción poética oral. Sale, solo, el primer verso. Y como me contara Jinarajadasa, que es tema costumbre del pueblo indio, en la pena, voy redondeando el poema de la misma manera, en un repetir sin descanso hasta que está entero, acabado ya. Después es el repetirlo para mí misma, para la perfecta grabación íntima. Generalmente no lo paso al papel sino cuando llega una oportunidad. Así fue con Las lenguas de diamante, así con Raíz salvaje, así con todos hasta ahora. Esta costumbre da, como el tierno cuidado constante del hijo, un amor a lo que se crea que, independientemente de toda vanidad tonta, por encima de todo narcisismo, es un verdadero sentimiento puro de maternidad y de creación, unido indisolublemente a nuestros centros vitales. El poema realizado así no es un conjunto más de versos afortunados o sin belleza, sino algo como nuestro propio aliento, nuestro propio sueño, nuestra buena hambre, resultantes funcionales perfectos; y es también un florecimiento del cerebro organizado por Dios para la transmisión poética de su acento y emoción universales. Por el artista habla la divinidad. El oráculo de Delfos, cualquiera de los oráculos antiguos, no fueron un mito gentilicio, sino un modo de mandato celeste. El verso es también un modo celeste de revelación y de unión con el alma de los hombres sensibles.

He sido pagada con creces por la comprensión de mis contemporáneos. El 10 de agosto de 1929 tuve, en el Palacio Legislativo de Montevideo, una fiesta que sigue pareciéndome un sueño. Fue en ese momento como si caminara a través de un sueño. Continúa siendo así, aquel esplendor, aquellos amigos de toda América, aquellas palabras de alabanza, aquellos cánticos solemnes. Fueron mías esa tarde todas las violetas de Montevideo. Eran tantas en canastos y manojos, cubriendo el centro del Salón de los Pasos Perdidos, las gradas de la entrada y en mi casa, desde la puerta de calle hasta la terraza, que parecía que una fragante oía floral lo hubiera invadido todo, para que yo no pudiese ya dar ni un solo paso sin ser sobre ella. Perdura, saltando sobre los años que han transcurrido, la sensación de ese perfume. Subvive, me asalta de pronto, llega en una racha de viento, se desvaneca en mi aire dejando su rastro durante horas. Es el espíritu de aquel día en que me fue dado conocer ese resplandor que llaman triunfo. Mínima, fui elegida por mis amigos para que conociese la generosidad humana.

En el año 1930 apareció la primera edición de La rosa de los vientos. Es un libro brillante y rico pero casi desconocido. "Lauxar"—que todos saben quién es y su alto valor como crítico inapelable—publicó sobre este libro una página entera en el diario Imparcial. Le debo una de las mayores emociones de mi vida literaria. Es un valioso estudio a fondo, hecho con inflexibilidad y a la vez con cariño, que me enorgullece siempre. Nadie más se ocupó de mi Rosa de los vientos, centelleante de imágenes y en cuyos poemas empieza el tramonto. Está lejos el estallido de Las lenguas de diamante y como en el vehemente verso de Pushkin se puede decir de La rosa de los vientos que es "...dolorido vaso penetrantemente triste". Yo me imaginaba, siguiendo con la voz de Pushkin, que "golpearía en los corazones con fuerza desconocida". Pero aunque sigo creyendo en él y amándolo, hay algo que falla, puesto que no ha llegado a la multitud que es el gran juez.

Siguen luego dos volúmenes de prosa: Loores de Nuestra Señora, poemas líricos netamente religiosos, que tuvieron gran repercusión en el mundo católico. Una gran alma, ya en la plenitud de la luz, hizo de él su libro diario de oración y todas las noches al borde de su pobre sueño de ser herido y condenado, leyó, hasta pocos días antes de su muerte, una de las alabanzas a la Virgen del Perpetuo Socorro. La elegía al azar y por ella le encarecía a la Madre Divina, su devoción profunda. Esto ha bastado para que el pequeño libro se salve de la indiferencia común y yo lo quiera casi con preferencia.

En 1934 se publicó Estampas de la Biblia, también prosa lírica. Son figuras del Antiguo Testamento, fuente universal y milenaria de poesía, inspiración de los artistas de todas las épocas, libro maravilloso en el que cada profeta parece esculpido por un genio y cada salmo cantado por un ángel. El profesor Simón Lucuix, a quien aún no conozco personalmente, lo comentó página a página, durante un mes entero en su clase de literatura. Creo que él no sabe aún todo el bien que me hizo. El artista, sea cual fuere su oficio de destino, necesita encontrar para su obra, que es siempre confidencia, eco y resonancia. No hay nada más atroz para un autor, que el silencio. Gracias a Dios, yo no he pasado por esa dura prueba, pero después de los tres primeros libros, todos los otros han caído, un poco en el frío de los lectores.

Esporádicamente se comenta uno u otro, pero sólo Las lenguas de diamante, El cántaro fresco y Raíz salvaje conocieron la pasión del público lector. Fueron los más espontáneos y hasta a veces los menos comprendidos. El adjetivo erótico se prendió a esos poemas como un moscón salido de una carniza. Fueron hechos por un ser que aún no había sido arrojado del paraíso. Pocos han sido capaces de valorar su pureza y su transparencia. La adolescente que escribió esos versos casi no sabía cómo llegaban a su realidad. Hay algo de medium, único, de dictado de lo desconocido, en la creación artística. Más de una vez me ha despertado del sueño la conciencia de que nacía de mí un nuevo poema y ésta ha sido tan completo, tan concluido, que nunca he podido retocarlo ni siquiera para sustituir una sola palabra que lo pudiera mejorar. Entonces creo que el poeta es sólo el misterioso aparato receptor de una voz que llega hasta él desde más allá de la vida y que su único mérito y valor consiste en no deformar, en ser fiel a esa confianza suprema.

En 1944 aparece Chico Carlo, autobiográfico, hecho entero con el corazón ya en la época en que la suerte empezaba a fustigarme con su látigo trenzado y los recuerdos felices tenían un suave y melancólico valor de bálsamo. Es un libro que ha llegado al alma de muchos lectores, porque su veracidad resalta como luz y porque la gente ha encontrado en sus páginas muchas cosas de su propia vida y de sus íntimos recuerdos. Eso ha creado algo así como un nuevo y fuerte lazo entre la autora y sus lectores. Algo así como un parentesco cercano, como un vínculo de sangre, ha surgido entre ambos por la emoción lograda y compartida. Amistades conmovedoras desde todos los países de habla castellana, han llegado hasta mí; con la pasión de un reconocimiento entrañable. Todo el mundo ha tenido en su niñez una mancha de humedad para encontrar en ella su universo de maravilla; todos, una amiga pequeña con quien compartir una ambición y un secreto y un amor de ángel, que luego el tiempo dispersa dejando sólo una leve huella de pena tierna, que una evocación feliz suele animar con sus colores antiguos y sus gracia sumergida; todos un episodio de candoroso desengaño con el que se despertó a la realidad de la vida, sin poder olvidarlo nunca. En Chico Carlo está la infancia universal y su absoluta sencillez y veracidad me ha acercado al corazón nostálgico del hombre. Si los versos pueden ser un dictado de la divinidad, Chico Carlo es un trasunto de la vida humana en los primeros tramos del camino y ha salido de mí, en forma y espíritu, con la melancolía de las evocaciones sin literatura, simples y veraces; con la fuerza de lo que se ha sentido y vivido a la par de todo el mundo. Una joven estudiante haitiana, cuyo retrato denuncia su raza, de color achocolatado y cabellos rígidamente crespos, me escribió adorablemente: "Querida señora hermana: He leído Chico Carlo y me estoy encontrando en él. Muchas cosas de las que a usted le pasaron siendo niña las he vivido yo también, que por ahora estoy muy cerca de ellas. Por usted y su libro empiezo a querer a los perros y ya no me pelearé más con mi hermana que me hace trenzas muy apretadas para estirarme el pelo, desgraciadamente, sin éxito. Con otra amiga de mi edad —veinte años— hemos anotado en un cuaderno las curiosas coincidencias que nos han hecho acercarnos a su corazón. Queremos a Chico Carlo con su ternura y lo lloramos con su añoranza."

La carta es larga, pero los párrafos esenciales son esos. Chico Carlo coincide emotivamente con todo el mundo. Y es, salvando todas las distancias artísticas, el Platero y yo de este hemisferio.

En 1945 advienen Los sueños de Natacha, para los que espigué en los ricos campos de Perrault, el mágico y del cual hace poco dio en su teatro, heróicamente, una escuela del interior del país, la pequeña pieza que se titula La mirada maléfica y que corresponde al clásico cuento de Barba Azul. En Argentina, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, España y también en mí a veces frío Montevideo, se han ido representando esos dramas y comedias de niños y muñecas. Puck, radioteatro, hecho también con propósito docente, vino luego, casi un año después. Y entre tanto se iba haciendo el contenido lírico de Perdida, que editó Gonzalo Losada en 1950, en un cuidado volumen hecho a pura amistad generosa. Ya habían naufragado el valor juvenil, el ímpetu, la esperanza. Perdida despertó el sentido batallador de la crítica nacional. Para unos, afortunadamente los más, Perdida es un libro de angustia y desesperanza, que en nada desmerece de los que recibieron mayores alabanzas. Para otros es un poemario de decadencia, sin fuerza vital, pero en cierto sentido bello y desesperadamente heroico. Se me ha preguntado muchas veces el significado del título Perdida, que escandalizó ruidosamente a una paladina declaración de mal camino confesado. Esta es una oportunidad para aclarar la elección de la discutida pequeña palabra que cobija ese puñado de poemas. Perdida era el nombre que D'Annunzio le daba a Eleonora Duse y a mí me gustó mucho en aquel momento su secreta desolación, su renunciamiento, su invalidez. Se ajustaba maravillosamente a mi estado de espíritu en esa época. Todo lo mío se iba barranca abajo como por un tobogán trágico y yo no veía ningún camino que pudiera conducirme a la salvación y a la paz. Me encontraba como extraviada en una selva impenetrable; no alcanzaba a percibir una luz en la tierra ni una estrella en mi cielo. De ese lado de dolorosa desorientación, unida a la dulce historia de la Duse, salió el título de mi libro. El poema con que se inicia "Tiempo", es su primer testimonio. Otro, "El grito", lo confirma más adelante.

Hubo un paréntesis dramático de mala salud y un duelo sin fin con la muerte de mi madre que yo adoraba. El soneto que voy a leer, escrito ya en la hora de la resurrección, resume todo el antiguo dolor y la nueva esperanza. Se titula "Regreso" y está todavía inédito, pues forma parte del libro de sonetos Oro y tormenta que ha de publicar la editorial Zig-Zag de Chile.

*He de tener mis sauces, mis mastines,
Mis rosas y jacintos, como antes
Han de volver mis duendes caminantes
Y mi marina flota de delfines*

*Retomarán los claros serafines,
Mis circos con enanos y elefantes,
Mis mañanas de Abril, alucinantes,
En mi caballo de alisadas crines.*

He de beber la vida hasta en la piedra
Y en el menguado zumo de la hiedra
Y en la sal de la lágrima furtiva.

Porque regreso de la muerte y tengo
El terror del vacío de que vengo
Y la embriaguez hambrienta de estar viva.

Con la salud recuperada, aunque todavía con "la tormenta encendiendo sus centellas en mis llanos" llega una época de producción furiosa, empleando esta palabra en un sentido común de vertiginosidad sin cansancio, continuidad de mañana y noche, creación sin espacios. Así se forma el nuevo caudal de Mensajes del escriba y Azor, incluidos en el tomo de las Obras Completas deliciosamente publicadas por la Casa Aguilar de Madrid en su preciosa edición Joya; y a continuación Romances del destino, dado por el Instituto de Cultura Hispánica; Oro y tormenta, que he nombrado y recién Mis amados recuerdos, en prosa, que está publicando desgranada El Nacional, de Caracas y forma ya un volumen completo.

Esta producción continúa rápida, casi sin enmiendas, que me ha asombrado a mí misma, me está dando la convicción de cómo es absoluta y determinante la Voluntad Divina en todo proceso creador de la mente humana. Vi hace poco en Selecciones, del Reader's Digest, la conocida y jugosa revista norteamericana, idéntica declaración de un sabio danés a quien se interrogaba sobre las fuerzas nucleares y que le reconoce a la Divinidad parte decisiva en este vértigo de descubrimientos y conquistas con que el hombre actual se está acercando a los grandes misterios del universo. Soy demasiado católica para ejercitarme en las llamadas "ciencias ocultas", pero puedo asegurar que he experimentado el mandato de poderes invisibles que me han dictado —así, dictado— mis últimos poemas a través de un estado-gracia que nada tiene que ver con el trance hipnótico y ni aún con el éxtasis de los místicos. Es como si de pronto una fuerza desconocida nos tomase enteros hasta que el poema es una realidad totalmente lograda. Esto me hace más humildemente consciente del valor y la potencia de las fuerzas mentales y espirituales del hombre, servidoras de otras superiores y que nos viene de la fuente universal, que es Dios, quien mide y dirige las obras determinadas por su Omnipotente Voluntad. Quizás corro un riesgo de ingenuidad al hacer en voz alta estas confesiones. Pero yo sé que muchos de los poetas presentes descubrirán quizá en este momento que a ellos les ha pasado lo mismo y que Dios está en el poema como está en el viento y está en el mar. La inspiración es su Divina Voluntad y Mandato determinantes.

En Azor he llegado al ejercicio, ya en ajustado juego de metros y formas del verso castellano en su equilibrio clásico. Esto no es encerrarse voluntariamente en límites rígidos, sino modelar y pulir el verso, como lo hicieron los maestros, para que sea luz y oro, limpidez y música. Pasamos por una época a la vez incierta, caótica y revolucionaria. Se quiere renovar las cosas del mundo, ya que no pueden hacerse nuevas la tierra, el sol y sus consecuencias eternas. Es el siglo de los ismos. Pero en general tan confusos, tan dispartados, que constantemente se vuelven los ojos, a las normas primigenias para tener un respiro entre el huracán, o un punto de apoyo en el tambaleo universal. En arte poco se ha logrado. Salvador Dalí no supera a Velázquez, no se ha descubierto ningún nuevo Rodin, el teatro acierta a medias, sólo la novela ha encontrado rutas no conocidas hasta ahora, y la poesía, desvalida, ahogada entre la turba de los que quieren ser poetas y en la ocasión del desconcierto que reina, cuando quieren reencontrarse, vuelven a sus clásicos. El soneto ciñe con firmeza su divina corona. En Azor como en Mensajes del escriba, Romances del destino y Oro y tormenta, he vuelto a las fuentes eternas y San Juan de la Cruz y don Luis de Góngora me asisten. Puedo decir que estoy contenta con esos libros. Siento la magia de la consonante y de la medida, de la imagen sobre la claridad, de la expresión bruñida y el sentimiento y el pensamiento rotundos y nítidos en sus labrados continentes traslúcidos. Regresé de la muerte para seguir en la fiel servidumbre del verso, que es mi destino. Y doy gracias a Dios por ello.

Y ahora, para concluir, uno de los últimos sonetos del libro en prensa Oro y tormenta. Se titula "Cansancio".

¡Cómo mi nombre es repetido: Juana!
¡Cómo se ha dicho para el mal y el bien,
Con la rosa triunfal de la mañana
Y en los heroicos nardos de la sien!

Juana en amor, y para el odio, Juana.
¡Ay, Juana en los sollozos y también
En el sonoro alerta de la diana
Y en la añorada ola del llantén!

Ahora ya sólo el eco de algún día...
¡Juuaana! de una lejana epifanía.
¡Juuaana! del grito bronco del chacal.
Me estoy durmiendo sin temer la muerte
Que ya camina en mi callada suerte
Con su paso de fieltro, a mi portal.

El Concejo Departamental de Montevideo y la Junta Honoraria Forestal colocan una placa en la Rambla República del Perú, junto a la Palma de Juana de Ibarbourou.

1957 10 de enero. Ante la muerte de Gabriela Mistral, escribe el poema **Carta a Gabriela**.

22 de febrero. El gobierno de Colombia la designa Agregada Cultural de su Embajada en el Uruguay.

1958 31 de mayo. La noticia de la muerte de Juan Ramón Jiménez, le provoca una fuerte emoción, la que expresará en una sentida página en prosa.

25 de junio. La Unión Cultural Americana con sede en Buenos Aires auspicia su candidatura al Premio Nobel de Literatura.

Medalla de oro otorgada por el Club Argentino de Mujeres, premio Alfonsina Storni a la candidata al Premio Nobel de Literatura, Juana de América.

12 de diciembre. Acto de Proclamación del Comité Nacional Pro Candidatura de Juana de Ibarbourou al Premio Nobel de Literatura 1959.

Recibe adhesiones de Porto Alegre de los escritores Paulo de Gouveia, Manoelito de Ornellas, Dante de Laytano, Wilson Chagas, Guilhermino César y Walter Spalding.

1959 Gran Premio Nacional de Literatura.

1960 La Academia Nacional de Letras del Uruguay la propone como Miembro de Honor.

*"21 de noviembre
Señora Juana de Ibarbourou
Eminente y estimada colega:*

En su sesión del 18 de los corrientes, la Academia Nacional de Letras ha considerado la propuesta de su candidatura como Miembro de Honor de la institución. Y, previo cumplimiento de las formalidades estatutarias, la ha proclamado a Ud. elegida en la más alta dignidad académica.

Es la primera vez que se provee el sillón de Académico de Honor. Y al designársele a Ud., señora, para ocuparlo, se hace justicia a sus notables virtudes intelectuales, expresadas en una obra de significación superior, que refleja dotes de excepcional calidad y la sitúan en el plano de las grandes figuras líricas de América.

Me es honroso hacer llegar a Ud., con la felicitación de sus colegas de Academia, el testimonio de mi más alta y distinguida consideración.

*Ariosto D. González
Presidente*

*José G. Antuña
Secretario Ad-hoc"*

1961 3 de octubre. En el Teatro Sucre de Quito se realiza un Homenaje

1962 4 de marzo. Fallece su hermana Basilisa Fernández Morales, también poeta y pintora, nacida el 24 de julio de 1882.

La Unión Panamericana (Washington D.C.) edita en texto bilingüe (español-inglés) **Angor Dei - Tiempo**.

1963 En el teatro San Martín de Tucumán (Rep. Argentina) se estrena la cantata para soprano y orquesta sobre el poema Angor Dei, música del compositor argentino Luis Guineo.

Edición de **Chico Carlo** en Braille por la Unión Nacional de Ciegos del Uruguay con el apoyo del Club de Leones de Montevideo.

El gobierno de República Dominicana, la nombra Agregada Cultural de su Embajada en el Uruguay.

Diciembre. En la Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, v. 42, se publica **Las lenguas de diamante**, con prólogo de José Pereira Rodríguez.

1965 En el Teatro Colón de Buenos Aires, con la orquesta filarmónica bajo la dirección de Juan Carlos Zorzi, se presenta la cantata **Angor Dei**.

Recibe la Medalla otorgada por la Asamblea de las Naciones Europeas Cautivas (1954-1964). Por la libertad de Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Letonia, Lituania, Estonia, Polonia y Rumania.

En la ciudad de La Paz (Bolivia) la municipalidad inaugura una plaza con su nombre.

1966 Obtiene el premio de poesía "Juan Alcover" (Palma de Mallorca) con el inédito de **Elegía**, que se publicó en esa ciudad al año siguiente y en la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico).

1967 **La Pasajera**.

En la ciudad de Santiago de Chile la Municipalidad inaugura con su nombre una plaza.

1968 29 de abril. Recibe Medalla de Honor y Orden de condecoraciones de la Fuerza Naval Boliviana.

8 de mayo. La Asamblea General aprueba un mensaje del Poder Ejecutivo cuyo artículo 1º dice:

"Restitúyese a la poetisa Juana de Ibarbourou el goce de los derechos de autor de su obra titulada Chico Carlo.

Tercera edición de **Obras Completas** (Aguilar) que incluye otros poemas y el texto de **Autobiografía Lírica**.

Alberto Abdala

Presidente"

1969 6 de junio. La Embajada del Ecuador en el Uruguay le entrega la condecoración a la Orden Nacional al Mérito en el grado de Oficial otorgada por el Gobierno de la República del Ecuador.

Con motivo del cincuentenario de **Las Lenguas de Diamante** la editorial Losada publica una edición especial con ilustraciones de Raúl Soldi.

Cultura Hispánica le edita una **Antología Poética**.

"Se cumplen cincuenta años de la primera edición de Las lenguas de diamante (Buenos Aires, 1919) y el camino no se ha cerrado y me parece que su iniciación es tan nítida como aquel día de días en que tuve en mis manos trémulas el primer ejemplar.

Esta Antología de Cultura Hispánica recoge poemas de mi última obra hasta hoy: una edición fuera de comercio, preciosísima desde el punto de vista del buen gusto de la impresión hecha a mano, como para bibliófilos, de mi libro Elegía, publicada por el Ayuntamiento de la Ciudad de Palma de Mallorca. Mi amor a España se está tomando amor suyo a mi producción lírica. Ya en 1953, desde Madrid, echaron a andar mis Obras Completas en su tercera edición en estos momentos. Ya en 1955 el mismo Instituto de Cultura Hispánica hizo caminar por el mundo mis Romances del destino. Con esta Antología toda mi obra vuelve a la extensa palma de la mano de la madre hispánica como un pequeño diamante facetado por su lengua batalladora y forjadora.

Es todo cuanto he hecho en mi vida: quince libros de amor, en verso y prosa y esas innumerables páginas desperdigadas por Dora Isella Russell procura ir dando en nuevas ediciones que su lealtad y talento cuidan como propias. Ella trabaja... Yo sueño. Ella ilumina, yo tengo ya alrededor una leve bruma que el tiempo —breve o no— se cuidará de espesar a la manera que tiene la vida de manejar estas cosas.

Entretanto, "se va andando, se va sufriendo, se va cantando", y como único documento entrañable y exacto, me queda la obra lírica que he podido entregar a los amigos del mundo en el más dulce y rico de los idiomas: mi lengua castellana que en Teresa de Cepeda y Ahumada y en Sor Juana Inés de la Cruz tiene el más alto y puro tono de auténtica poesía femenina en nuestra fable.

"Se va andando, se va sufriendo, se va cantando"... Bendito don, que sólo yo sé cuánto ha sido para mí misma de alivio y descanso, de gracia del alma. El melancólico ejercicio de hacer un alto para mirar hacia atrás, jalona de cantos el largo camino andado, como si bandadas de pájaros inefables me dieran su melodía desde el principio de mi adolescencia hasta ahora.

¿Querrán creer los lectores que escribiendo esto tengo los ojos llenos de lágrimas? ¿Bah!, hay también un rayo de sol sobre mi cabeza y puedo sonreír, conforme con mi destino de llanto y risa, de suspiro y canto.

Creo que he cumplido bien con él".

JUANA DE IBARBOUROU

Montevideo, 1969

1970 31 de agosto. La Asociación General de Autores del Uruguay coloca una placa en su residencia de la Avenida 8 de Octubre 3063 con la leyenda "Aquí sueña Juana de América".

4 de noviembre. En el local de Losada "Artes y Letras" (Montevideo) se realiza una mesa redonda coordinada por el poeta Jorge Arbeleche, con el tema "Visión actual de la poesía de Juana de Ibarbourou." Participan los poetas Nancy Bacelo y Enrique Fierro y los críticos literarios Graciela Mántaras y Roberto de Espada.

1971 Juan Soldado

1973 8 de mayo. Cámara de Senadores. Ley 14128.

Artículo 1º.- Declárase de utilidad pública la expropiación del inmueble de la Avenida 8 de Octubre 3063 donde reside la poetisa nacional doña Juana de Ibarbourou.

Artículo 2º.- Se otorga el usufructo del inmueble.

Artículo 3º.- Al término del usufructo se establecerá en la finca un museo y biblioteca destinados a honrar y recordar el nombre y la obra de Juana de Ibarbourou.

Jorge Sapelli
Presidente".

1975 La Academia Argentina de Letras en reunión ordinaria la designa Miembro Correspondiente.

La nota firmada por su presidente Don Angel Battistessa dice lo siguiente:

"Buenos Aires, 24 de junio de 1975

*Señora Doña Juana de Ibarbourou
Ilustre y admirada Señora:*

En nombre de la Academia Argentina de Letras me es sobremanera grato comunicarle que en su reciente Junta esta Corporación se ha honrado a sí misma eligiéndola a Usted Académico Correspondiente en la querida República Oriental del Uruguay.

Por conocida y manifiesta no parece pertinente recordar la suma de los merecimientos que en el orden de la Poesía, y por tanto en el de la más alta espiritualidad, corrobora una elección tan espontánea y tan justa. Mucho le agradeceríamos unas breves líneas que nos anuncien, según todos lo deseamos una aceptación expresa de su parte. Cumplido este requisito estatutario, cuánto nos gustaría hacerle llegar muy luego el nombramiento formal y el respectivo Diploma.

Entre las desazones y los penosos desconciertos coetáneos, esta elección nos permite concretar, modesta pero sinceramente, nuestro acendrado tributo de admiración a 'Juana de América'. En nombre de los colegas de esta Casa y en el mío propio reciba usted, señora, el testimonio de nuestra más respetuosa consideración.

Angel J. Battistessa
Presidente."

25 de agosto. El Gobierno de la República le confiere la primera condecoración del Uruguay, la Orden "Protector de los Pueblos Libres General José Artigas".

1976 La Academia Nacional de Letras propone su candidatura al Premio Cervantes, recién instituido.

1979 15 de julio. Fallece en su casa de la Av. 8 de Octubre. El Poder Ejecutivo decretó honores fúnebres con rango de Ministro de Estado.

16 de julio. Cumplido el velatorio en el Palacio Legislativo, fue sepultada en el panteón familiar (143 bis), en el Cementerio del Buceo (Montevideo).

Considerando este poema de **Romances del destino**, como significativo a su condición de mujer-poeta, lo transcribimos para cerrar esta cronología anotada:

AUTORROMANCE DE JUANITA FERNANDEZ

Romances de Destino, 1955

*Por quietas calles andaba
Juanita Fernández, que era
muchacha como de pájaros
y naranjas y colmenas.
Nadie veía su guardia
callada, de serafines.
Nadie veía en sus sienes,
invisible, el arco iris.*

*Nadie, ni padre, ni madre,
ni parientes, ni padrinos,
sabía que a aquella niña
la había marcado el Destino.
"¡Qué inteligente, Juanita!
¡Qué fina piel de duraznos!
¡Qué dos ojos de lucero
en un cielo de verano!"*

*Y andaba Juanita, andaba,
con sus muñecas, su perro
Tilo y sus libros de estudio
por las callejas del pueblo.
Andaba Juanita, andaba,
con un ángel de custodia,
y su pobreza tan rica
y sus ensueños de novia.*

*Primero, novia del aire,
y después de un capitán.
Andaba Juanita, andaba,
y era rica más y más.
¿Qué importan la casa pobre,
los vestidos de algodones,
los zapatitos de cuero,
la blusa sin prendedores?*

*Veinte años casi sin crónica
con sólo el hijo y la paz
de sus versos y sus flores
de alambres y de cambrey.*

*Alegre, tierna y callada,
amante y sin ambición,
gorjeaba en cantos y canto
de vida y callado amor.
Ya sobre el pecho una estrella,
ya otra más sobre la sien,
ya mil clarines al viento
y el toque de somatén.
Ya el llanto por sus mejillas,
ya grises fuegos, su luna.
Mañanas de helada niebla,
noches a desvelo y bruma.*

*Ya zapatos de gamuza
y vestidos de París.
Ya la sonrisa perdida,
ya el deseo de morir.
El amor, como una rosa;
la vida, cáliz y cruz.
Tilo, borrado en la sombra.
Brumosa la Cruz del Sur.*

*Y en su Río de la Plata
sólo el barco de su fe,
aunque sigan los clarines
y el toque de somatén.*

*¡Qué sola y sola Juanita
en su casona vacía!
América por sus salas
pasa, y Juanita, perdida.*

*Ya no sabe de laureles
ni de nardos en el alba.
Traen orquídeas a sus manos
y mendiga un vaso de agua.
Secreto, ¡ay, secreto, oh Dios,
oculto el romance puro!
Vela el ángel con su túnica
el préstamo sin futuro.*

*Y cuando muera Juanita
a gritos todos dirán
que fue bendito aquel día
ocho de marzo, San Juan
de Dios, en tierras de Melo
que la historia alabará.
Y ha de dormirse llevando
sobre la mortaja, un sol:
el de un amor silencioso
que nadie le adivinó.*

BIBLIOGRAFIA ACTIVA

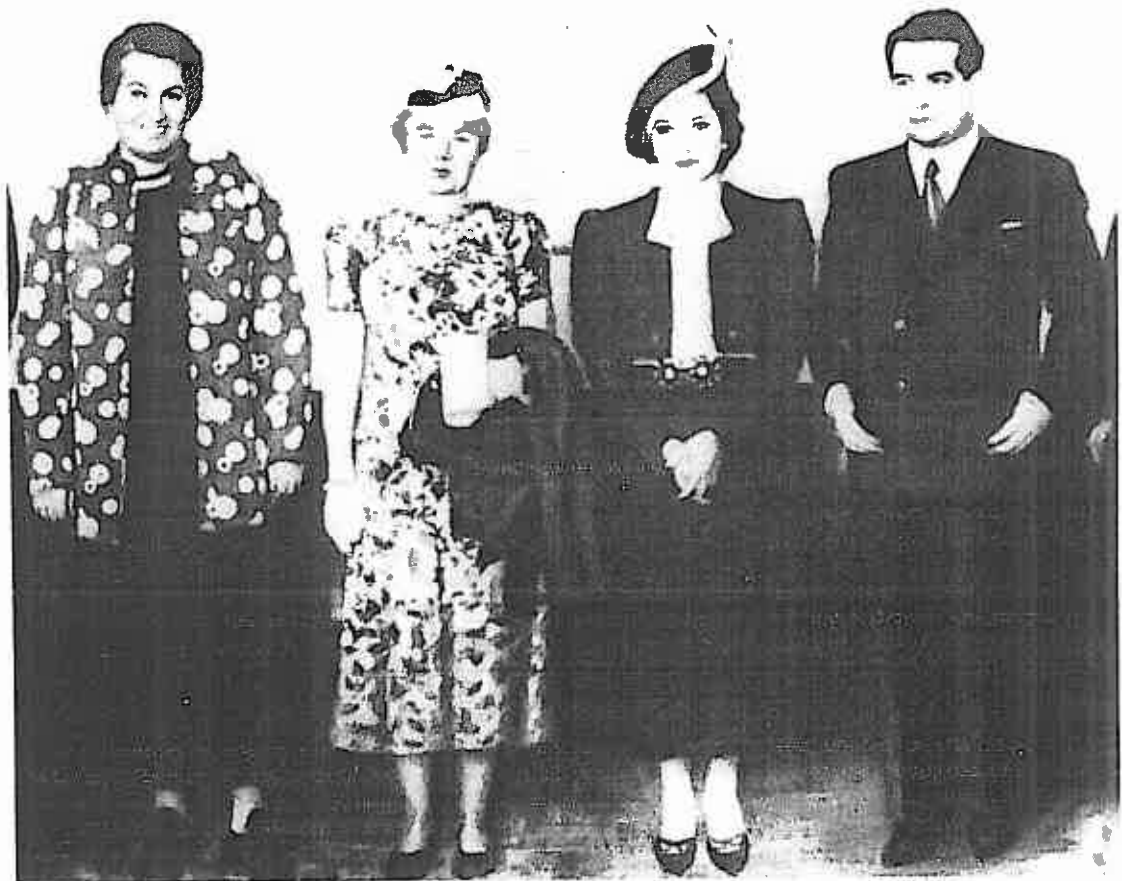
- Las lenguas de diamante*. Buenos Aires, 1919. POESIA. Prólogo de Manuel Gálvez. Montevideo, 1963. Prólogo de José Perelra Rodríguez. Buenos Aires: Losada, 1969 (edición especial de homenaje al cincuentenario).
- El cántaro fresco*. Montevideo, 1920. PROSA POETICA. Montevideo, 1978.
- Raíz salvaje*. Montevideo: C. García, 1922. POESIA.
- La rosa de los vientos*. Montevideo: Palacio del Libro, 1930. POESIA.
- Estampas de la Biblia*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1934. PROSA.
- Prólogo de Gustavo Gallina*. Barreiro y Ramos, 1934. PROSA.
- Loores de nuestra Señora*. Barreiro y Ramos, 1934. PROSA.
- Chico Carlo*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1944. PROSA.
- Poemas*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1944. 9ª edic. 1961.
- Los sueños de Natacha*. Montevideo: Independencia, 1945. TEATRO.
- Perdida*. Buenos Aires: Losada, 1950. POESIA.
- Azor*. Buenos Aires: Losada, 1953. POESIA.
- Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1953. Prólogo de Ventura García Calderón. Notas de Dora Isella Russell. 3ª edic. 1968.
- Romances del destino*. Madrid: Cultura Hispánica, 1955. POESIA.
- Oro y tormenta*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1956. POESIA.
- Angor Dei*. Washington D.C.: Unión Panamericana, 1962. POESIA.
- Tiempo*. (Antología poética). Barcelona: Plaza y Janés, 1963. Prólogo de Hugo Petraglia Aguirre.
- El dulce milagro*. (Antología poética). Buenos Aires: Eudeba, 1964. Prólogo de Dora Isella Russell.
- Raíz salvaje, El cántaro fresco*. Buenos Aires: Losada, 1965. 2ª edic. 1970.
- Antología*. Montevideo: Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, 123, 1967. Prólogo de Dora Isella Russell.
- Elegía*. Palma de Mallorca: Ayuntamiento, 1967. 2ª edic. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1967.
- La pasajera, Diario de una isleña, Elegía*. Buenos Aires: Losada, 1967.
- Antología poética*. Madrid: Cultura Hispánica, 1970. Selección de Dora Isella Russell.
- Juan Soldado*. Buenos Aires: Losada, 1971. PROSA.
- Antología*. (Poesía y Prosa 1919-1971). Buenos Aires: Losada, 1972. 2ª edic. 1977. Prólogo de Jorge Arbeleche.
- Antología*. (Poesía y Prosa). Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura — O.E.A., 1980. Selección y notas de Arturo S. Visca y Julio C. Da Rosa.



Montevideo, 1929. Palacio Legislativo. Juan Zorrilla de San Martín, Juana de Ibarbourou y Alfonso Reyes.



Montevideo, 1936. Congreso Mundial de Escritores. "El Retiro".
Parque Rodó. Jules Romain, Juana de Ibarbourou
y Martín R. Echegoyen.



Enero 1938. Cursos en la Universidad. Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y
Eduardo Víctor Haedo.



Agosto 1945. SODRE Juana de Ibarbourou entre Pablo Neruda y Delia del Carril.



Noviembre, 1947. Academia Nacional de Letras. Juana de Ibarbourou con los académicos J. Príncipe, Raúl Montero Bustamante, José M. Delgado, Dardo Regules, Clemente Estable, Adolfo Berro García, Eduardo J. Couture y Monsiñor Barbieri y el Ministro Forteza.

POESIAS

A veinticuatro de Julio
Nació en Ucelo Basilio . . .
¿En que año? No es de prisas
El saberlo. En plenilunio
Debió de ser, y por eso
Salíó luminosa y clara,
Fiene, sellado en la cara
Su amor hacia todo, obscuro.

Las fieles hechas del tiempo
Con dones se presentaron
Y todas le regalaron
Riquezas que no son cuento.
Díjale, una, talento;
La otra le dió la sal
De la buena voluntad
Y del puro sentimiento.

Esta hermana mía es
Como una rosa del cielo,
Sin espinas, y en desvelo
Por la luz de los demás.

¡ Ah, mi dulce hermana, vas
Derecho hacia Dios presente,
Eniervo no estas ausente
En tu apoteosis celeste
Y he de prenderme, aunque cueste
De tu correcta pollera
Para tener, cuando muera,
Vera alta con San Pedro,
Que no he de arriarme al infierno
Si voy, confiado, a tu vera.

Mi batones bien tableados
Flamencarán por los caminos.
Tu, perfecta, con tu tino
De gran señora, has de ir
Con tu vestido discreto,
Con tu presencia armoniosa
Y apenas con una rosa,
Entre las manos, de Abril.

Y aquí finc mi trovar
En el día de tu Santo.
Sin marfiles, solo un canto

Así, te puedo entregar
De plecteris y de amos
Porque eres Santa y señora
Y tienes a toda hora
La bendición de mi Dios.

Ante tí me inclino, Base
Y beso, tierra tu mano
Que entibie el amor humano
En la puerta de tu casa...
Orgullo y adoración.
Declaro tuertis, plect.
Sean tus días, de miel
¡En todo un siglo de sol!

Juan de Harbousom
Montevideo, Julio 24 - 1953

Dedicado a su hermana Basiliisa Fernández Morales.

Romance de Fray Bentes,
Llen cielo de oro y de brasas,
Llen río de plata y fino
Y Fray Bentes de esperanza,
Crece que crece en la orilla.
2.º pag. Jorral es su rosa
De Jericó, en la cintura.
Cantan antiguos bambúes
Bajo sus claros de luna.

Y canta el viento costeno
Coplas de islas y peces
Mientras el río jocundo
Desfil. azules y verdes.
En la fragua del ocaso
2.º noche se purifica
Tan leve y tan silenciosa
Como un marrojo de libas.

Fray Bentes lleno de duende
Que mi corazón apres.:
¡Que bueno para mi alma
¡En dulce vida perfecta!
¡Que bueno que en ti he de ver
La riqueza de una casa,
Con un jardín de rosales
Baste la orilla del agua!

Un crepúsculo me diste
En aníles ^{que yo nunca conociera} y amarantos
Si no en gladiolos y cardos.
Quizá Blanca los traía
Y. Linceo, tal vez un día
Lo vea y pinte en sus cielos
De lunas y Tres Marias.

↓
Cuardamé, ciudad de gracia
Llen huecos para mi sueño
En tu playa de bambúes
En tu palacita de encuentros.
Un día yo iré a pedirte
Un vaso de agua, una tarde
De magnolias y duraznos,
De cielo en rojos y jades.

x x
No tengo más que un romance
¡Para tu arcángel del aire!
¡Fray Bentos, tomameló
Como si fuera un diamante!

Jean de Charlevoix
1956.

Carta a Gabriela.

Porque caminas del alba
b Andas descubriendo el cielo,
Ese, prometido a vos
Los que sufrimos, creemos
Y le pedimos a Dios,
Que a brincar sus luceros. b

Porque sendas, asombrada
b ^{Y al ras} ~~Donde~~ encontrando el cielo,
Mientras aquí las banderas
Y pueblos, están de duelo,
Porque te fuiste tan pronto
Precipitando el invierno,
Cuando aún, lleno de flores,
Se desgranaba Febrero. b

Lucas y conquistadores
Se irán formando cortejos:
Pizarro barbudo y noble
- Bronce, plata, incafe, acero -
Con una ciudad de torres
Entre sus brazos sin huesos.
Y una muchedumbre oscura
Que va detrás de Atahualpa, ^{Atahualpa}
Se sigue cantando himnos
En lengua quechua y ayмара.

Ya estás, Gabriela, en la gloria
Unidad de princesa incaica,
Unidad de reina española,
Como Isabel, la magnánima.

Ya sé que no has de escribir
A nadie más en la tierra,
Que oficinas de correo
A la eternidad se vedan.

Ferr es tan dulce que se pasas
¡Gabriela, que toda América
Por tí está tan conmovida
-Como tu patria Chile...!

El ceibo junto al cofre; ^{el}
La orquídea venezolana
Se une a la victoria-regia
Del Brasil, y en la sabana
De Colombia, los gomeros
Detienen su savia trágica.

¡Toda la flora de América
Quiere mirarte la cara!

—
Oscúlate entre las nubes
Venas tarde arrebolada,
Muéstranos tu frente ancha,
De madre tan bien amada,
¡Déjans porquinto a pocos,
Del todo no te nos vayas!

—
Aquí he quedado tu verso
Tu palabra estructurada
Con lo mejor del idioma
Y lo mejor de tu alma,
Pero nos falta tu rostro
Con la sonrisa causada,
Que a todos nos descansaba
Cuando nos daba en los ojos.

Oye, Gabriela, las voces
Desde tu "los que perfectos,"
Danos la señal que diga
Que llega a tí nuestro acento,
Y reposa, tú que tanto
Sobre la tierra anduviste,
¡Reposa y se haga radiante
Tu risa aquella, tan triste!

Descubre el cielo y descansa
Bero, Gabriela, no olvides!
Juan de Barboza
1957.

Escrito en 1957 con motivo de la muerte, en Nueva York, de Gabriela Mistral.

Mar,

Todo el mar es un pez hecho de peces,
Pez de la espuma, pez de la marea
y alrededor del barco que golpea,
Pez de la soledad deshecho en eses.

Ulción zigzagueante de corales,
Salmodia de tritones y sirenas
Que en el lecho sinfónico de las arenas
Consumen sus oscuros funerales.

Sol y sombra, mordisco y ancedon
Que eternamente la salinera a/cum
Para los mundos muertos de su entraña.

Como la perla de tu valva ciega,
¡Oh pez, o pez de la espesura grisca
¡La aventura cenital de España!

Juana de Barbuera

Montevideo, 1963:

El verano.

Estaba tan absorta frente al mundo
que no sentí como volaba el tiempo
Siempre adelante con sus duras garras
cargadas de sucesos y momentos,
hacían imperturbable, me llevaba
también a mí, la joven e inocente.

Y quise detenerme, mas no pude
Se me filtró en la oscura cabellera
la escarcha de los días inclementes,
Esclare de sus pasos siempre anduve
en busca del verano, que es mi patria
Como ~~ya~~ ^{no puedo hablarle} ~~ya~~ ^{me he sentido}
a llorar. Ya no soy ni soy una apática

Juan de Charbourn

Julio 1968

PROSA

El laurel, elegido por los griegos para las coronas triunfales de sus heroes, es árbol de lento crecimiento. No sube con las mareas del tiempo en la breve duración de la vida humana. Queda অপারপাদো con la muerte, y mas aún, con los siglos. Suele ser ya polvo la criatura para la cual se recogen sus ramas. Y es la historia la que ordena el tributo simbólico.

A ~~trascendencia~~ ^{esta es una} ~~captura~~ ^{captura} de la muerte del General José Artigas, en la conciencia del pueblo que le debe el mayor de los dones que pueden recibir los hombres - la libertad - se está haciendo resplandor y pasión la figura ~~masota~~ ^{serena} del Padre de la Nacionalidad. Fue el heroe que eligieron los hados para la lucha, el sacrificio, la amargura, y, tras oscuro

años de helada indiferencia, para
encarnar la gloria de uno de los
países mas libres del mundo, en
la mas pura acepción democrati-
ca del vocablo. Artigas, que ^{inició}
las luchas ^{de nuestra} independencia,
^{que dictó} las Instrucciones del Año
XIII, uno de los mas sabios y pro-
fundos documentos de la emanci-
pación americana, es por sobre todo
para mi corazón, el jefe del Exodo,
el Padre de un pueblo que puso
en él su ~~confianza~~, con esa intui-
tiva y certera decisión de las
masas, que ~~no~~ puede ser si no
una inspiración del destino.

Grande y austero
en toda su vida de caudillo, en
el Exodo es, además, patético.
Fue en ese ~~may~~ espléndido episodio
de ~~su~~ epopeya de ~~la~~ ~~independencia~~
de ~~su~~ ~~país~~, cuanto es necesario en su con-
ductor de ~~muchos~~ ~~hombres~~:
algun ~~de~~ ~~ellos~~ ~~con~~ conocimiento del
alma ~~de~~ ~~ellos~~ humana, firmeza

de jefe, bondad y reverencia de padre, valor y paciencia, precisión y dominio, firmeza y positiva intuición de su papel en los acontecimientos que se precipitaban. Ese pueblo que lo siguió a través de todo el territorio de la Banda Oriental, es la confirmación mas completa de sus inusadas condiciones de jefe. Nació para serlo, en la encarnación predominante del caudillo.

En el Exodo Oriental se repite a través de milenio un episodio bíblico de igual valor patriótico y trascendente ^{importancia} historia. En la frente de Artigas estaba la luz. ^{En él se} ~~El~~ ^{concentra} el ideal ^{en su} de la independencia, la construcción libre pero legislada, aunque aún nebulosa, de una nación. Todos los habitantes

nativos de esa tierra que él defen-
dió de invasores, fueron tras de
él con la ^{escaltada} ~~obediencia~~ obediencia de
una fe que no ^{midi penurias} ~~temió~~ ni ^{palabra} ~~temió~~
alivos, si no que se entregó para la em-
presa de heroísmo con una ~~generosidad~~
^{generosidad} ~~generosidad~~ ~~generosidad~~ ~~generosidad~~ ~~generosidad~~.
Nada más austero, más rico de sacri-
ficio y desprendimientos, que el Exo-
do del Pueblo Oriental.

Fuere en el individuo
el ~~hermoso~~ ^{potente} sentimiento de pro-
piedad, uno de los que ~~sean~~ ^{echan}
más tremendas raíces en la con-
dición humana, es cosa que pas-
a los umbrales del vilagro.
Todo aquel pueblo siguió a aquel
jefe llevando consigo lo que po-
día, pero abandonando lo más.
Artigas llegó al Ayú "con la
patria a cuestas." Fue su crea-
dor en la acción y el ensueño.
Muchos de sus biógrafos dicen

es, irremediabilmente, en lo mas profundo del alma, un visionario y un romantico. Furo que serlo, como lo son todo rebelde y todo revolucionario, que eliga las potencias invisibles para sus combinaciones heroicas. Y es de aquel pueblo oriental tambien romantico y soberano que viene este pueblo de hoy, libre, democratico, encendiendo siempre de entusiasmos con cuanto sea empresa de valentia y de justicia o vibrante hora de triunfo. Bendita ^{ta} ~~similitud~~ de aquellos hombres del Escudo, que el gran Capitán ^{devotado} ~~perdida~~ pero no ^{venido} ~~abandonado~~, condujo hasta el campamento del Ayuí, desde cuya concentración empezó, virtualmente, la patria!

Juan de Blasón

Escrito en setiembre de 1950 al conmemorarse el centenario de la muerte del General José Artigas.

Ben El heroe oriental

Porque fue alto, puro y generoso; porque hizo del Falot, su broquel, de la fidedad por los pobres de Dios, su impulso irresistible, del amor a la patria el punto de su espada de mando, lo ^{bruido} ~~siguieron~~ ~~muchos~~ ~~chicos~~ ~~de~~ ~~las~~ ~~montañas~~. Desde su estancia del Cordobés y su cuartel general de la Ciudad de Puelo, ~~su~~ nuestro agrario departamento de Cerro Largo, irradió hacia todo el país la luz de su ideal, los rayos poderosos de su estrella celeste. Fue un jefe, un caudillo, un símbolo. Cuando, como ~~un~~ ^{un} soldado, cayó en

2 en los trágicos campos
de Masollet, en una tarde
de drama sin límites hu-
manos, sobre su cuerpo
yacente empezó a alzarse
medida eterna, su mito.
Los niños de esa época creían
esperando día a día el
prodigio seguro de su re-
aparición, con el immaculado
sombrero sobre la noble cabeza,
tan erguida, cubierto por todo
el cuerpo tan gallardo por el
peñicho, resplandeciente en
medio de toda ~~oscuridad~~
oscuridad, blanco de balas,
casa de pobres. Pero cuando
la desdicha caza a su
señorío y se lo entrega
a la fatalidad, ésta, que
suele emanciparte tenazmente
de los hombres ~~en sus~~
~~en sus~~

Y mas espléndidos, jamás
consiente en devolverse
a la vida. - En este circun-
stancias de la muerte de
Aparicio Saravia, que relatan
los ángeles de la historia y
la leyenda; se levanta ~~la~~
magnífica estatua del cau-
dillo civil, sobre un plin-
to de corajones que, desde
el ~~que~~ fiel amor popular,
hasta el cincel de José Luis
Zorrillo de San Martín
hírico cachorro de león en
su la selva del Arte, lo
levantan hasta el pecho
luz de la gloria.

Es la hora, General! A
tu pie, dá a ~~los~~ los vientos
orientales su toque de diaca
el luciente clarín de

4. Camundá. Y la multitud
blanca, la de los grandes
sueños del nacionalismo, se
arremolina en torno, más de
fervorosas cabezas descubier-
tas, de almas en oración,
de manos tendiéndose
hacia tu resplandor, de
bocas que dicen tu amado
nombre en una letanía tre-
mula. ¡Es la hora defi-
nitiva, mi General, padri-
no mío!

Juan de Barboza

Porque, hombres de poca fe, negas
que pudo haber sucedido esto
ayer, 30 de mayo, día en que
murió Juan Ramón Jiménez,
el último gran poeta lírico
que le quedaba a América.

- ¡Alh, Platero, Alh!
- ¡Alh, te digo; muerete
testarudo, que llegó Juan
Jiménez!

Y el hombre recién muet-
to en la tierra, livido y
desencapado, alme los ojos
y el acombro se le retrata
en el rostro que agredize an
barba gris de conquistador
español. ¡Al rey en grito,
creydo todavía

en un sueño:

¡Envidia!

Ella está rogante, tras de
Platero que siempre parece
tan nuevo como cuando ^{comie}
por los prados de luzier.
A este pasado e inspiro más
de los libros más tiernos
y hermanos de la ~~obra~~
literatura contemporánea
de ~~España~~ en lengua castellana,
— ¡Envidia, Platero!

Yo creo en el reencuentro
creo en la buena fe
de juntarse a los seres amados
en un nuevo escenario de
su vida, con muchos elementos
los de la infancia y la
juventud, de la vejez y la
mirada de nietos y
deparada de ~~los~~

de los elementos y situaciones
de peribas dolorosas de la que
está salpicada, la tierra
la rica, la incomprendida
existencia en este planeta
donde el mismo hombre
vea el infierno y pare
a veces por el cielo.

— ¡Juan Ramón

A San Juan de Puerto Rico
le he tocado el honor
supremo de recitar en un
tierra paradisíaca y el campo
de los dos espasos enarri-
dos, fieles a sí mismos
el "Diario de un poeta
recien casado" hasta
el último verso de él,
aureolado por el dolor
profundo y sereno

mas alto de la tierra
yengo como una reliquia
el espejo. y el libro que
me envio y de nuevo ¹⁹
con una dedicatoria que
me cubrió de lágrimas
dichosas:

"Un espejo, un libro,
un espejo y un libro
para ~~financiar~~ ~~Harmon~~,
de Juan Ramón y Leontina

Anoche, a altas
horas de rombo tuve
el espejo en mi mano.
- ¡Juan Ramón!

Però jamas ~~repartido~~
~~he poseído~~ el milagro
de hermosa luz del
siglo XVIII, siglo.

Escrito en 1958 ante la muerte de Juan Ramón Jiménez.

TESTIMONIOS

Madrid del 19 de Febrero de 1946.
No duermo. Estoy ordenando pape-
les escritos, versos y páginas ori-
ginales. Hay ya en mi vida una
presencia de muerte. Tranquila
¡y tan sola! me preparo para
el fin! Su fin en él, y
cada día marcaré un paso
hacia el término. He amado
mucho la vida, pero hoy
estoy muy cansada.

Esta larga lucha econó-
mica, me agota y enerva.
A pesar del ~~mal~~ conducto
gesto del gobierno de mi
país que parece el Sr.
Amégoz, y que ha creado
un grupo de nobles amigos,
aún el porvenir es oscuro

¿ de lucha. Cuanto tendré
aer que batallas! Vuelvo
a repetir, ¿ tan sola!

Dios proveerá, como hoste
ahora. Pero, Señor, puedes
apresurarte. Un poco de
seguridad y de paz, me da
un tiempo para tu servicio
de oración y verso byzant,
Señor!

1946.